

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

ÁRBOLES

(UNA CAMPAÑA PERIODÍSTICA)



LAS PALMAS

Tipografía Calle de Buenos Aires núm. 36

1906



FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ



R2996

(UNA CAMPANA PERIODÍSTICA)



LAS PALMAS

Tipografía Calle de Buenos Aires núm. 36

1906

los lectores

Los nombres de todos mis distinguidos colaboradores en la campaña por el arbolado, deberían ir junto al mío, y aun antes que el mío, á la cabeza de esta publicación.

No van, porque hay que tener en cuenta razones de brevedad, para no complicar los títulos puestos en la cubierta. Sólo en concepto de iniciador de la expresada campaña y de ordenador de este libro, va mi nombre sin compañía al frente de estas páginas.

F. GONZÁLEZ DÍAZ.



A modo de prólogo

El título no es mio. Es de un hermoso estudio didáctico sobre la novela que forma parte del libro de A. Larrubiera La Virgencita. En ese estudio dice su autor, Jacinto Octavio Picón, que el prólogo conviene sobre todo, á los libros de autores noveles enteramente desconocidos cuando por modestia desean que les presente al público algún compañero de autoridad y prestigio que haga notar sus facultades, elogie sus méritos y hasta disculpe á fuerza de ingenio esta pícará vanidad que forma el fondo de todo literato, pues claro está que sin ser algo vanidoso á nadie se le ocurre que lo que ha imaginado ó pensado en la soledad de su gabinete pueda servir de entretenimiento ó utilidad al prójimo.

Ninguna de estas circunstancias concurren en el presente caso. Ni yo tengo autoridad y prestigio en el campo de la literatura, que cultivo por accidente y sin fruto, ni González Díaz hace hoy sus primeras armas literarias. Pero me ocurre lo que á Picón con Larrubiera. ¿Cómo persuadir al amigo querido de que su obra no necesita prólogo y de que en ninguna manera era yo el llamado á escribir el par de cuartillas que con cariñosas y benévolas instancias demanda de mí para su nuevo libro?

Hasta la mitad del siglo XIX—cómo observa el señor Arillaga en el prólogo de Arboles y Montes, de D. Andrés A. de Armenteras—estuvimos viviendo en la creencia de que era España el jardín de las Hespérides.

des, superior en fertilidad á las demás tierras de Europa. Fué necesario que una de las primeras autoridades del país en cuestiones sociales, el Sr. Cánovas del Castillo, explicase el conjunto de nuestra historia por la natural pobreza de nuestro suelo, para que las gentes comenzaran á darse cuenta de nuestra nativa inferioridad agrícola y de la necesidad de atender, con más cuidadoso provecho, á la conservación y fomento del arbolado. Algo de esto ha ocurrido en Canarias, provincia esencialmente española. Convencidos también nosotros de la fertilidad de las Islas ó seducidos por ese irrestañable chorro de palabras vacías que constituye nuestro carácter, hemos visto indiferentes, tumbados por la atonía, como el hacha de leñador, impulsada por sordida codicia ó alentada por un caciquismo de histórico, noble, antiguo abolengo, tan antiguo como la conquista, iba talando aquellas sevas frías y solas, aquellos bosques vírgenes, verdaderos templos de la raza guanche, cantados por nuestro inmortal poeta Viana con la grave dulzura y elegante ritmo del habla castellana.

No hay necesidad de llamar la atención acerca de la influencia benéfica de los árboles. Comparad nuestras montañas, cubiertas en otro tiempo de grandes y robustos pinos, de copudas hayas, de gigantes barbuanos, tal como el autor de este libro se las imagina y cual debieron estar en la realidad, con los riscos desnudos de ahora, por los cuales no se filtran ya las «puas aguas,» ni crecen en ellos «el polvo vicioso, el blando heno, el fresco trébol y el hinojo entallado;» observad los tristes efectos de la desnudación, y comprenderéis cuán justificado está el respeto que en todas épocas han merecido los árboles, el mayor bien otorgado al hombre, según la feliz expresión del gran orador romano.

¡Qué lección más hermosa ofrecen los pueblos primitivos adorando los árboles y considerando sagrados los bosques! Los montes —cómo dice el Sr. Armenteras— han sido siempre el templo favorito de las musas, y no es extraño que teniendo éstas por patria predilecta á la región forestal, cuenten sus más entusiastas admiradores á los más insignes poetas. Desde Virgilio, que escribió sus

Geórgicas «entre los pinos del umbrío Goleso,» hasta Göethe, que fué un gran botánico; desde el inspirado autor del Fausto hasta Tölstoi, que, á semejanza de Fray Luís de León, cultiva el campo por su mano, todos los grandes poetas dedicaron himnos de alabanza á la vida de la naturaleza y á la soledad del itosa de las montes. Hasta el origen de nuestros más famosos monasterios están unido, por lo común, á una leyenda forestal ó campestre. González Díaz, ese artista genial, que ha sabido pintarernos en sus escritos la vida presente, en cuyas luchas comulga y de cuyas ansias renovadoras participa, sigue también la senda de aquellas almas que figuran en la suprema comunión del Arte, y, vencida su modestia, se decide al fin á recopilar parte de sus trabajos sobre esta materia para entregarlos, en forma de libro, al juicio y al aplauso del gran público.

Pero no se figure el lector que el libro que tiene á su vista es un canto más á la naturaleza. Cierto que González Díaz —de quien puede decirse, como de un ilustrado escritor contemporáneo, que ha engrandecido todo lo que ha tocado, y ha tocado cuestiones muy distintas, dejando, según la poética frase del maestro León, vestidos de hermosura todos los campos de actividad en que hizo patente su vigoroso espíritu —entona un himno á los árboles que nos recuerda las páginas de Resurrección con que el gran novelista eslavo saluda la llegada de la primavera; pero bien pronto se advierte que el autor no trata sólo de despertar nuestra admiración á los árboles, sino de ponderar á la vez los beneficios de su conservación y fomento, ilustrando una cuestión de las más capitales para esta provincia, que, mal que nos pese y por mucho que nos acongoje reconocerlo, va perdiendo poco á poco, por la devastación y tala de sus montes, aquellas inapreciables condiciones de clima y salubridad que hacen de Canarias uno de los países más privilegiados del globo.

Si González Díaz, con su constante propaganda, en la tribuna, en la prensa, en el libro, no logra para los árboles el respeto que inspiran en todas partes, y que nuestras montañas, desnudas ya de vegetación por la

imprevisión ó la codicia, vuelvan á vestirse de verde, habrá que renunciar á toda esperanza..

Más preciso será reconocer asimismo que el fecundo escritor canario señala con este libro una huella profunda y bienhechora en nuestra regeneración que jamás sus paisanos apreciaremos en todo su valor y trascendencia.

A Cabrera Pinto

La Laguna, Ag. sto del 1905

ADVERTENCIA

Se imprime el presente libro á expensas del señor don Ramón Madan, entusiasta protector y cultivador del arbolado, quién, no satisfecho con haber personalmente contribuído á la obra de la repoblación forestal, se complace ahora en poner los medios para que mi campaña periodística sobre el tema *árboles* pase al libro y no se pierda del todo.



Porqué publico este libro

Lo publico porque me duele, me afiige mucho haber de dar por inútil la labor de varios años y dejarla entre las páginas de los periódicos, que el tiempo convierte en sepulcros donde nuestro pensamiento yace enterrado e ignorado. Lo publico porque algunos amigos míos, partidarios entusiastas de los árboles, así me lo piden. Lo publico porque, sin asomo de inmodestia, me halaga pensar que algo de mí mismo revive con la exhumación de estos trabajos periodísticos, obra de fé ardiente en la cual puse fogosidades de enamorado. Lo publico, en resumidas cuentas, porque publicándolo rindo á mis convicciones un útimo testimonio.

Confieso que todavía no me puedo resignar á admitir la esterilidad completa de una acción tan perseverante, encaminada á un fin tan hermoso y tan bueno; que todavía espero, en lo futuro, la fructificación de esta copiosa siembra. Allá va, pues, en este libro, dispuesta á reñir nuevos combates, mi fe resucitada, mi fe renovada. Se mostrará perpétuamente viva, y no habrá modo de vencerla, supuesto que, desprendida en absoluto de lo pasado, mirará serenamente á lo venidero.

Este libro guarda una parte—sólo una parte,—de los numerosos escritos que en la prensa isleña he consagrado á abogar por la conservación y propagación de los árboles. Tambien contiene fragmentos incompletos de una conferencia y de un discurs-

so relativo á la misma materia, la circular con que el ilustre P. Cueto se dignó asociarse á mis esfuerzos, robustecerlos y autorizarlos, y los luminosos estudios con que los Sres. D. Juan de León y Castillo y D. Andrés Navarro Torrens, ilustraron, cediendo á mis súplicas, la magna cuestión. Un bello prólogo del Sr. Cabrera Pinto le sirve de ingreso, digno de la elevada finalidad de la obra, en demasía benevolo para mi persona humilde á la que prodiga frases de bñdadoso encomio, agradecidas pero no aceptadas.

PROPAGANDA ORAL



Una conferencia

(PÁRRAFOS EXTRACTADOS DE UN DISCURSO QUE PRONUNCIÉ EN
ARÚCAS, EN EL LOCAL DE LA FÁBRICA DE SAN PEDRO)

I

Señores: Con convicciones de creyente y con entusiasmos de apóstol, he emprendido á través de toda la isla una campaña que se inspira en elevados fines patrióticos; una campaña que bajo apariencias sencillas quizás guarda en sí el germen, el secreto de la transformación de Gran Canaria por medio de la restauración dichosa de su primitiva naturaleza. Bien sabeis hasta que extremos he luchado por mi idea; solo al principio, hoy en buena compañía. Empecé dudando del éxito, porque harto conozco, por triste experiencia, los obstáculos que nuestra indolencia tradicional opone á los mejores proyectos; pero ya no dudo. La opinión ha despertado en todos nuestros pueblos para querer enérgicamente conmigo el fin que me propongo y voy persiguiendo. El triunfo final dependerá de la constancia con que todos nos pongamos á la obra: unos acometiéndola directamente, otros auxiliándola; aquéllos llevándole sus energías intelectuales, éstos sus energías físicas, sin que nadie, para este empeño de excepcional interés, se retraiga ni se esquive. Más todavía: aumentaré la actividad de

mi propaganda en razón de las dificultades que encuentre, porque, creyente impertérrito en la victoria, estoy seguro de que al final la alcanzaré, mejor dicho la alcanzaremos. Esta predicación mía es un apostolado, aun cuándo nada valga el apóstol. ¿Que importa que no valga? Lo principal es la bondad de la enseñanza, tan evidente, tan poderosa, tan irresistible que con sólo exponerla llevo á los ánimos el convencimiento y los conquistados para la acción inmediata.

Yo no podía dejar de traer mi saludo á esta próspera y simpática ciudad de Arúcas. Permitidme que evoque una vez más la memoria de nuestros antepasados como los antiguos invocaban á sus dioses lares para que les protegiesen y ayudasen en las altas empresas. La historia dice que la guanchesca gente fué digna de vivir; que poseyó cualidades estimabilísimas; que tuvo una percepción clara de sus deberes y de sus derechos; que vislumbró muchos progresos y realizó otros tantos; que reverenció á Dios, amó á la patria y honró á la familia; que gozó de una cultura avanzada y practicó una moral muy pura; que fué viril, laboriosa, seria y benigna; que contó en su seno grandes guerreros y patriotas; que después de haber vivido con nobleza, supo morir con altivez indomable, dejando un ejemplo de eterna recordación. La memoria de nuestros ascendientes nos protege; podemos pedirle inspiraciones para obrar bien, seguros de que nunca han de faltarnos, porque aquella raza varonil y generosa cultivó todos los nobles ideales y todos los puros sentimientos; porque supo ser en el hogar, morigerada, en la vida pública, íntegra y virtuosa, en el orden social modelo de organizaciones sencillas y eficaces. De ella puede decirse lo que dijo Fíguro de un ilustre joven malogrado: su historia quedó en blanco, pero ni una mancha en ella. Quedó en blanco, porque su obra colectiva, interrumpida y truncada, no ha podido incorporarse á la obra general de la humanidad; pero apreciada fragmentariamente, esa obra se impone por condiciones excepcionales. Los guanches no eran bárbaros, rigurosamente hablando: en el seno de su barbárie florecía una civilización que se traducía en respeto para los hom-

bres y para las cosas, en respeto para todo, y cuenta que el respeto es la condición primera de la cultura. En el fondo de nuestra civilización germina una barbárie que se traduce en desdén para las cosas y para las personas, en desdén para todo, y cuenta que el desdén, ó siquiera la indiferencia, es condición negativa del progreso. Desdenamos ¡insensatos! lo que ellos amaron. Hemos desnudado á las islas del ropaje espléndido de vegetación que ellos le dejaron intacto; que ellos, no contentos con dejarlo intacto, ensancharon y adornaron. Hemos puesto el odio donde ellos pusieron el afecto; hemos levantado el hacha donde ellos alzaron los brazos en señal de veneración; hemos derribado lo que ellos adoraron de rodillas. Del seno de nuestra civilización deficientísima han salido los iconoclastas del arbolado, y hoy resulta tarea titánica alzar de nuevo la selva primitiva como un desagravio á Dios y como una ofrenda á los hombres.

Pero al proponérselo podemos llamar en nuestro auxilio los manes amables y protectores del pueblo aborigen. Que ellos nos acorran. De la inmensa tumba de la raza, del inmenso relicario en que sus restos andan dispersos y perdidos, parecen salir misteriosas voces que nos alientan á proseguir la empresa de restauración. Donde quiera que una nacionalidad ha desaparecido materialmente, algo de su ser íntimo, algo de su alma queda flotando como una iluminación de ocaso que no acaba de borrarse; y ese algo son las ideas condensadas en la historia. En lo social, como en lo material, nada muere definitivamente, todo se transforma. En la patria que nosotros formamos vive y vivirá siempre el espíritu de los guanches fundido en el espíritu español como dos esencias selectísimas. Y si la tierra canaria ha desmerecido por causa de la bárbara devastación con que la incultura de nuestras generaciones se ha complacido en desnudarla, justo es que nos esforcemos en devolverle los encantos y atractivos que le hemos arrebatado. Justo es que reconstituyamos el Eden para volver á habitarlo en paz y en felicidad.

Todo era aquí grande entonces porque todo era sublimemente sencillo, porque en los senos maternales de una

tierra riquísima y hermosa vivía un pueblo patriarcal sin preocupaciones y sin luchas. Y los pueblos patriarcales son amigos del árbol, pactan con el árbol una alianza perdurable. Junto á los bosques han nacido las grandes corrientes humanas, de admirable limpieza en su origen, luego enturbiadas por el exceso mismo de su agitación, como ocurre con los ríos de largo curso.

Los guanches vieron la isla en su estado primitivo y en él la mantuvieron y la mejoraron. Si hoy resucitasen, no la reconocerían al encontrarla desnuda, despojada de sus antiguos atavíos, afeada por el prosaísmo de la vida moderna que nos hace pagar los adelantos al precio de la belleza y de la poesía. No acabarían de comprender, señores, por qué los hombres civilizados que los barrieron y los suplantaron en la posesión del Archipiélago, han destruído la vegetación, cegando innumerables fuentes de riqueza, por qué no han respetado lo que ellos respetaron, por qué no aman lo que amaron ellos. Para explicarse de alguna manera el extraño caso, sin duda dirían: «Es que la civilización ha pasado por aquí. Y por lo que se advierte, la civilización tiene dura la mano. Funda su fuerza en la conquista y asienta en las ruinas su trono».

Y tendrían razón si esto dijeran. Los efectos de nuestra cultura tan sólo se conocen en la suma de materiales progresos y comodidades que hemos sabido procurarnos; pero nada ó muy poco, poquísimos, hemos hecho por el embellecimiento de las islas, no obstante estar cantando continuamente sus bellezas. El hacha ha derribado los árboles seculares, y al herirlos nos hemos herido en los más íntimo y delicado de nuestra sensibilidad, nos hemos mutilado al mutilarlos. No hemos comprendido que con los golpes que les descargábamos abríamos otras tantas heridas en el cuerpo santísimo de la patria. Generaciones de roedores humanos han minado los cimientos del templo de mil columnas, de la selva sagrada, y lo han demolido y han dejado nuestras tierras expuestas á todas las inclemencias y á todos los rigores. Las cimas, despojadas de la verdura lujosa que un tiempo las vistió, parecen testigos mudos de una gran catástrofe, cumbres

emergentes de un territorio hundido en un formidable cataclismo geológico; pero no alegran la vista ni convidan al viajero á acercarse. Quién las mira desde lejos, más bien siente impulsos de retroceder ante ellas como antes las grandes soledades estériles.

Nuestra isla no es hermosa; es por el contrario fea, muy fea. Ya lo he demostrado en mi primera conferencia á los obreros de Las Palmas. Volverla á vestir, tal es nuestra tarea, tarea que incumbe á todos, á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los hombres y á los niños y hasta á las mujeres y los ancianos, porque ningún esfuerzo, ni siquiera el más débil, resultará despreciable en el empuje total de esa obra colectiva. Nuestra isla no es bella, lo repito; es por el contrario fea, muy fea. Soñamos cuando nos la figuramos hermosa, mentimos cuando hermosa la llamamos. La aridez y la sequedad que reinan en la mayor parte de su extensión la asemejan á la tierra desolada y melancólica de Palestina.

¿Sentirá el pueblo de Arúcas las verdades que yo siento con tanta intensidad, que yo predico con tanto ardor? ¿Entrará en la universal cruzada de los pueblos modernos á favor del fomento del arbolado? No quiero dudarlo un momento, porque dudarlo equivaldría á dudar de su cultura, y su cultura está patente en sus obras. Arúcas progresa, Arúcas anhela no quedar rezagado; Arúcas trabaja y de su trabajo recoge ópimos frutos. No necesitaré esforzarme para convencerlo. Esa cruzada universal á que antes me refería ha transformado muchos países acrecentando su belleza y su riqueza; al frente del movimiento van las naciones más progresivas de la época, y abriendo la marcha aquella que siempre es la primera en promover los grandes adelantos y en plantear las innovaciones atrevidas. Los Estados Unidos han plantado en el espacio de pocos años cuatrocientos trece millones de árboles, cifra admirable y casi increíble si no se tratase del país en que todo, hasta lo más osado y colosal, puede ser. Lo mismo, aunque en menor escala, hacen Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, Bélgica. El árbol es un emblema del escudo de todos los grandes pueblos.

Séalo también del escudo de los pueblos pequeños, pero emprendedores y valientes: séalo nuestro también. Cuando las islas, cubiertas de arboleda, vuelvan á ser lo que fueron un día, nosotros nos sentiremos más fuertes y más felices, como si hubiésemos realizado la pacífica reconquista de la Naturaleza. Reconstruiremos las murallas de Jericó que destruyera el golpe criminal del hacha, y volveremos á ver cómo nuestros predecesores, á través del ramaje extendido sobre nuestras cabezas, las estrellas cómo flores ó cómo mariposas de luz, y volveremos á sentir en nuestra frente el beso de las auras balsámicas y volveremos á arrodillarnos antes el *deus absconditus* que en la paz augusta de la selva alienta y vive; y comulgaremos bajo las frondas con la hostia del sol y con solo extender los brazos recogeremos los frutos de oro de la abundancia. Las islas enteras serán grandes árboles por cuyos troncos y por cuyas ramas, intrincadísimas, subirá la savia impetuosa, ardiente, arrolladora cómo una tempestad.

Y cuando aprisionadas y custodiadas por un cinturón de árboles potentes y hermosos, se sientan nuestras ciudades fortificadas y embellecidas; cuando respiren mejor, cuando sean más ricas, cuando desde las montañas que las circundan sientan venir corrientes de salud y de vida en gratos efluvios; cuando las sombras de sus arboledas se extiendan hasta sus sacrosantos campanarios, y las sombras de sus sacrosantos campanarios se extiendan hasta sus arboledas, mezclando así pureza y hermosura en la inmensidad del limpio aire donde palpita el misterio del amor fecundo, donde la luz celebra sus orgías y el sonido derrocha sus sonoridades, entonces nuestros remotos descendientes contemplando cumplida la obra iniciada por nosotros, desde el fondo de sus agradecidos corazones nos bendecirán. Asociarán nuestros nombres al nombre de la patria, coronando de amor y gratitud nuestra memoria.

Pero si esto os parece demasiado lírico, demasiado poético, pensad en los beneficios positivos que el arbolarlo reporta; pensad que fomentándolo aumentáis la general riqueza y difundís la cultura. Pensad que su madera es abrigo y calor, su fruto alimento, su follaje ador-

no é higiene, su copa desplegada un admirable abanico purificador del ambiente, y que todas estas ventajas reunidas y otras muchas cuya enumeración sería larga, justifican el cultivo del árbol, el culto al árbol, elevado á la categoría de religión por los pueblos modernos. Y algo de religioso tiene en su eseneia esa pasión generosa. Debemos amarle, cuidarle y respetarle puesto que reconocemos su protección ilimitada sobre la mísera é impotente humanidad. Del árbol podemos decir lo que de sí mismo decía el Cristo: es la salud, la verdad y la vida. Los tres fines esenciales que nos hemos de proponer en la tierra son llenar nuestro granero, plantar nuestro bosque y cultivar nuestro jardín. Los tres nos darán lo que el instinto y la necesidad van buscando afanosamente en la peregrinación por el mundo: riqueza y belleza. Aspiremos, pues, á que nuestras islas sean en el mismo grado ricas y bellas.

.
Señores: He venido á sembrar entre vosotros la semilla de la palabra, de la doctrina, en la perfectísima seguridad de que no será perdida; porque así cómo en estos campos feraces, beneficiados por vuestro trabajo y fecundados por vuestro sudor, brotan espléndidas las cosechas y nada se pierde ni se malogra de cuanto representa el esfuerzo de la labor humana luchando con la tierra para obligarla á rendir las riquezas que en sus entrañas oculta, así tambien no se esteriliza, no puede esterilizarse, al caer sobre los espíritus sedientos de verdad, de justicia y de razón, este rocío benéfico de la palabra, que, venga de donde venga, ora surja sin elocuencia de labios como los míos, ora arranque de labios elocuentísimos cual torrente desatado en impetuosas ondas de plata, siempre encontrará, siempre, almas que lo recojan y lo absorvan; de la misma manera que los manantiales, ya discurran pobres y perezosos por grietas y por socavaduras de las montañas, bien convirtiéndose en corrientes arrolladoras, se despeñen con ímpetu violento, de todas maneras y como quiera que circulen, han de beneficiar en último término á la tierra que al recibirlos cómo una inmensa esponja, ensancha é hincha sus senos

infinitos. La tierra es generosa, la tierra es fecunda, la tierra es pródiga: con harto fundamento la llamamos madre. En nuestro cuerpo hay partículas de sus componentes, cómo hay en nuestras venas sangre de nuestros progenitores; ella nos sostiene, nos alimenta y nos sepulta en sus entrañas cuando morimos para devolverle lo que nos dió sin medida y sin tasa; ella nos prepara el primer lecho, la cuna, y nos apercibe el último lecho, la tumba; ella responde siempre á nuestras caricias, á nuestros halagos; ella en fin, maternal y cariñosa siempre, nos dá ciento por uno. Y hasta sus infidelidades, señores, hasta esas infidelidades que muchas veces injustamente le achacamos, quizás no son tales infidelidades suyas, sino más bien abandonos ó desdenes nuestros, que ponemos á su cargo debiendo ponerlas en nuestra cuenta. Porque ella, la gran protectora, realmente no pone límite á su maternidad. Aun allí donde más madrastra aparece, ahondando en su seno se descubre el fuego interno que la consume; y hasta cuando mata, hasta cuando destruye y aniquila con la explosión formidable de sus ocultas energías, el desastre que ocasiona se asemeja al suicidio de la madre desesperada, heróica, loca de pasión y de amargura que se suprime y suprime á sus hijos para librarlos del dolor, para arrancarlos á las fatalidades del destino. Amemos la tierra, señores, y sobre todo probémosle nuestro amor cultivándola.

.

Yo no soy en esta empresa de inmediato interés material y social otra cosa que un humilde agente, una voz que se levanta porque no se alzan otras más autorizadas ó más elocuentes á formular y defender los buenos principios, las doctrinas salvadoras. Yo no me atribuyo en los resultados hasta ahora obtenidos otros méritos que los de haber tenido perseverancia y convencimiento muy firmes, los de haber puesto mis débiles fuerzas al servicio de una gran causa y haber logrado por último infundir á los demás mis propias creencias y contagiarlos con mis propios entusiasmos. Pero el mérito principal, el único mérito, hay que referirlo á la idea, tan hermosa de suyo, tan convincente, y al impulso que viene

de afuera. Parece imposible, señores, que mientras el mundo entero estima la multiplicación de los árboles cómo un problema universal de salubridad y de riqueza, nosotros hayamos pasado tantos años odiándolos, creyéndolos enemigos y tratándolos cómo á tales, atacándolos y destruyéndolos. ¡Cuán grande, cuán funesto error! Son lo contrario, son nuestros amigos mejores, nos abrigan, nos alimentan, nos higienizan el ambiente, nos atraen la bendición de las lluvias y por darnoslo todo, nos dan hasta la madera de que se fabrica nuestro ataúd.

Una preocupación vulgar, ya casi derrotada, casi desvanecida, gracias á incesantes propagandas, ha hecho ver en el árbol un absorbente acaparador de los jugos de la tierra, incompatible con el logro y medro de los cultivos explotados á su sombra. Esto no es un error absoluto; pero relativamente, también lo es. El árbol acapara, el árbol absorbe; más á cambio del acaparamiento y de la absoción exigidos por las necesidades imperiosas de su desarrollo, ¡cuántos beneficios derrama en torno suyo! Las ventajas compensan excesivamente los perjuicios, si los hay. Y luego no puede decirse que tal sea el caso entre nosotros: pase que no se planten árboles en los terrenos donde sus raíces embarazan y sofocan el crecimiento de los sembrados, pero, porqué no se han plantado, porqué no se plantan en otros libres de toda posibilidad de daño, ¿llamados por el contrario, á mejorarse grandemente con las arboledas? ¿Porqué no los plantamos en los eriales y en las cumbres? ¿Porqué no tratamos de reconstituir el bosque primitivo y devolver á nuestra queridísima isla los atavíos pomposos de aquellas épocas lejanas devolviéndole con ellos su eclipsada hermosura?

Este es el fin de estas campañas tenacísimas. Para proseguirlas con probabilidades de éxito me he atrevido á pedirlos vuestro concurso; á eso he venido y perdonad mi audacia, que no lo es realmente, puesto que me impersonalizo por completo y me figuro que habla por mi boca la voz del patriotismo, de la razón y del buen sentido. Os diré lo mismo que hace pocos días decía á

los obreros de Las Palmas: agricultores, propietarios, capitalistas de Arúcas, plantad árboles. Plantadlos en todas partes, en la llanura y en la montaña, en los poblados y en los campos, en los caminos y en los barrancos, en los valles y en las cumbres; plantadlos en todas partes que plantándolos así, sin saber donde los plantáis, sembraréis á manos llenas el porvenir.

Los árboles en fila son avenidas triunfales que conducen á los reinos venturosos de la salud, de la abundancia y de la felicidad; los árboles en grandes masas son condensadores admirables de la humedad atmosférica, reguladores de los vientos, distribuidores del agua de las nubes, inmensos laboratorios de la naturaleza donde se elabora y se reparte la vida.

Arúcas, que ha ido siempre á la vanguardia de los progresos de la isla, no se quedará ahora rezagada. Estoy seguro de que sus nobles é inteligentes hijos querrán unir á sus muchos timbres y á sus muchos merecimientos el de plantadores entusiastas del arbolado que hermoseará esta zona tan rica y tan bella. Pero es que no puede haber duda alguna. Ya se han dado ejemplos, ya se han hecho experiencias dignas del mayor aplauso. Un acaudalado é inteligente propietario de esta jurisdicción, conocido por sus grandes iniciativas y respetado por su filantropía, uno de esos opulentos que merecen serlo, en medio de tantos otros que justifican las cóleras anarquistas, ha emprendido la obra, ha abierto la marcha. ¿No habrá quién le siga? Ved esa montaña donde los árboles recién plantados comienzan á desplegar su alegre verdor, prometiendo formar mañana una tupida arboleda bajo la cual, en honesto recreo, discurra y descansa el pueblo trabajador. La transformación maravillosa ha empezado; la roca viva ha saltado en fragmentos; donde antes todo era aridez, hoy los eucaliptus y los pinos, estrechando cada vez más sus filas, avanzan, suben cómo un ejército conquistador. La vida vegetal anima y hermosea esas agrias vertientes conquistadas por el trabajo para solaz del pueblo de Arúcas. ¡Bien por el que tan buen uso sabe hacer de su dinero! No sólo tiene derecho á la gratitud de los aruque-

ños, sino al reconocimiento de todos los canarios. Imaginad la montaña transformada completamente. Los árboles crecidos la cubren y la protegen, protegiendo á Arúcas. El bosque se levanta benchido de misterios y de armonías; los troncos se buscan y se tienden los brazos, para ampararse y para sostenerse los unos en los otros mucho más *humanos*— fijáos en la palabra— mucho más huinanos que los hombres. Por entre los árboles circulan los paseantes, una muchedumbre bajo otra muchedumbre; la música gratísimn de las ramas mecidas por el viento y llenas de nidos, resuena embesadora; á través de los enarenados senderos, los padres pasean á sus hijos, los abuelos á sus nietos, hablándoles de la bondad del árbol, de la grandeza de la patria y de la inmortalidad de Dios, mientras allá en la cúspide, por entre el enrejado del ramaje se ve ponerse el sol cómo un monarca que desciende magestuosamente de su trono... Y en la ancha vega los últimos rumores del trabajo campesino mueren confundidos con el toque péctico y melancólico del Angelus, y los penachos de humo de los hogares se enredan en los árboles y los esfuman sobre el fondo limí ísimo del cielo, simbolizando la omnipotencia del brazo del hombre, el eterno triunfo de la naturaleza, del trabajo y de la vida.

Pues ese espectáculo hermoso, que en el porvenir habrá de ofrecérsenos, nos da una idea aproximada de lo que sería esta comarca cuando en ella se extendiesen los efectos benéficos del arbolado; de lo que serían todas estas islas cuando arboledas frondosas ornasen sus campiñas y coronaran sus cumbres. Entonces, reparada la desluz, creada la belleza, que hoy no existe, dígase lo que se quiera, multiplicados los recursos, garantizada la salubridad y hermoorada la existencia para todos, gozaríamos las delicias de un nuevo paraíso. La tierra sería más bella, el clima más saludable, el ambiente más puro, y caería sobre nosotros una lluvia de bendiciones. No lo dudéis. Los países cultos han creado la religión del árbol, con sus ritualidades y sus sacerdotes, con sus ceremonias y sus holocaustos, con sus solemnidades anuales y sus diarios oficios, porque saben que proce-

diendo así cumplen uno de los fines más trascendentales de la cultura moderna. Saben que todo tronco de árbol es un sillar de un vasto é inacabable edificio; que á la sombra de cada árbol brotan en gran número elementos vitales y progresivos. Primitivamente los árboles fueron símbolos sagrados de las virtudes patriarcales; de un árbol salió el madero sacrosanto de la Cruz, emblema de la redención y de la libertad desde que lo consagró y santificó la sangre de Cristo crucificado; el árbol de Guernica simboliza los fueros de una raza varonil y heróica; el árabe desterrado llora la nostalgia de sus palmeras inolvidables, cómo el europeo del Norte echa de menos donde quiera que esté sus amados bosques de pinos poblados por los seres fantásticos de las leyendas septentrionales. Representan una suma de bienes incalculable, y, representando esto, representan el progreso, representan la familia, representan la patria. Francia, Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos los plantan por millones y los cuidan con singular esmero haciéndolos objetos de un culto nacional; todas las naciones les dedican cuidados solícitos y hasta leyes protectoras; el árbol, en este siglo que empieza, encarna una creencia, una tradición y un amor universales.

Concluiré, señores, por donde comencé. He venido á tomar asiento en vuestro hogar, que es también el mio, no para adoctrinaros, no para enseñaros, que á tanto no llegan mis pretenciones ni tampoco mis facultades, sino para tratar de comunicaros mis convicciones firmes y apasionadas. Cómo el entusiasmo es contagioso, este que yo siento por el arbolado trato de comunicarlo á cuantos me dispensan el honor de escuchar mis discursos, convencido cómo estoy de que hacéndolo así trabajo por mi patria en la única forma para mí posible y accesible. ¡Oh, si yo tuviera los medios materiales de que la mayoría de vosotros dispone, sellaría mi labio y predicaría con el ejemplo; mas, por desgracia mis armas son la palabra y la pluma, con las cuales también se edifica, pero á fuerza de constancia, á fuerza de paciencia! Sin embargo, los ejemplos no faltarán; me complazco en esperarlos así. Y queriendo á Arúcas con toda mi alma, por

que los timbres de su escudo son mis propios timbres, porque vió nacer al autor de mis días, cuya sombra que rida y veneranda no cesa de acompañarme en las rudas batallas del vivir, despliego ante la ciudad laboriosa é intrépida, ante sus campos fecundos bendecidos por la virtud santa del trabajo, la enseña, la divisa de mis constantes campañas: la victoria del árbol esparciendo sobre los hombres sus dones infinitos.



Fiesta del arbol

UN DISCURSO (1)

Señores: Me parece que debería empezar haciendo una profunda reverencia, cómo un fetichista que saluda su ídolo, cómo un sectario que saluda á su dios. Me parece que debería volverme hacia el Oriente, hacia el horizonte luminoso por donde el sol nace y su radiación gloriosa queda brillando cómo una sonrisa inmortal, para saludar el porvenir que se prepara. Esos árboles recién plantados son un símbolo de ese porvenir, lo mismo que vosotros, mis jóvenes amigos, vosotros representantes de las nuevas generaciones que habéis extendido hacia ellos vuestras débiles manos... Yo os saludo. Este día marca una fecha en la historia de Gran Canaria, una fecha que debe ser esculpida.

Este gran día conmemorativo es, por afortunada coincidencia, el día en que realizamos la primera plantación, el día en que iniciamos prácticamente la obra de devolver á nuestra querida Gran Canaria sus perdidos tesoros forestales, los tesoros que le robara la estúpida codicia humana y que talara el hacha de la barbárie, incansable é invencible en la tarea de destruir. ¿Que son esos tiernos arbolitos? os preguntaréis sin duda; ¿qué valen? ¿que pueden? No resistirán el menor contratiempo;

(1) Fuè pronunciado en la plaza de la Feria, hoy del Ingeniero León y Castillo, con motivo de la Fiesta del Arbol que allí se celebró y que, por desgracia, no ha tenido segunda parte.

Lo que ofrecemos aquí á nuestros lectores es una reproducción incompleta de dicho discurso, cómo incompleta es también la de la conferencia que antecede.

un viento fuerte doblará sus tallos; apenas nacidos morirán. Es cierto. Morirán si no se les protege. Ellos son cómo vosotros, débiles, impotentes en su gracia y en su hermosura, pero bien guiados en su desarrollo llegarán á ser fuertes, extenderán su ramaje protector y convidarán á aposentarse en sus copas á las aves del cielo para que labren su nido y eleven su canto. Embellecerán nuestros paisajes; nos darán sombra, salubridad y riqueza; se asociarán para formar bosques, avenidas que serán magníficas vías triunfales; estrecharán sus filas, las multiplicarán, irán al asalto de las montañas y subirán á las ingentes cumbres hasta desplegar en señal de suprema victoria su pomposa frondosidad en el inmenso espacio, en pleno azul... Envolverán su cabeza en tocas de nubes, y agitándose gallardamente al soplo de la brisa ó sacudiéndose furiosos al azote del vendabal, representarán allá en lo alto la fuerza y la esperanza.

Lo mismo que vosotros, jóvenes plantadores. Vosotros también sois arbolillos que creceréis, extenderéis vuestras raíces y adquiriréis vigor, si una dirección solícita é inteligente os preserva de los mil peligros que la vida entraña. La vegetación humana requiere indecibles cuidados para prosperar y lograrse. Un árbol que crece protegido por un niño sugiere la idea de dos vegetaciones que mutuamente se robustecen, de dos existencias paralelas henchidas de promesas. La humanidad es la gran selva en que descuellan cómo baobabs gigantes, cómo ceibos formidables los grandes hombres. Hay un baobab que se llama Homero; hay un ceibo que se llama el Dante; hay un cedro que se llama Shakespeare; hay un roble que se llama Cervantes; hay un pino que se llama Victor Hugo; hay un árbol á cuyas ramas van de preferencia á anidar los ruiseñores, un árbol que movido por las brisas resuena cómo una lira inmensa, un árbol que se llama Castelar.

El progreso consiste, señores, en cultivar la selva humana y la otra selva, la selva poderosa á cuya sombra cruzan renovándose las generaciones; la selva protectora cuya concentración de vida es tan extraordinaria que de ella vivieron nuestros antepasados, vivimos nos-

otros y vivirán nuestros descendientes, hasta la consumación de los siglos.

No podíamos celebrar de mejor modo la conquista de Gran Canaria, no podíamos ofrecer á la memoria de la pobre raza conquistada y destruída mejor tributo. Conmemoramos las glorias y los horrores de una guerra que fué para los desdichados aborígenes más fatal que un terremoto, pues los aniquiló totalmente y, en aras de su altivo patriotismo, los obligó á morir, á suicidarse, á soterrarse, á sacrificarse con un valor heróico, sobrehumano. Si admitimos que fué necesario destruir para crear, debemos admitir igualmente que es necesario seguir creando; consagrémonos á reparar los estragos de la destrucción que no se contentó con suprimir un pueblo, en nombre de los supremos fines humanos, sino que más tarde taló nuestros montes y convirtió nuestro Eden en un páramo. ¡Ah! sangre de héroes, sangre de mártires, aun no te has evaporado ni desvanecido del todo: aun empapas la tierra que pisamos; presta tu jugo á los árboles con que nos proponemos restaurar la selva primitiva, y haz que venga á nosotros el alma noble y generosa de la raza guanche! Haz que nuestros árboles prosperen, y que á su amparo celebremos en tiempos futuros los banquetes de la reconciliación, las fiestas de la paz. Sé fecunda cómo fuíste hidalga, sangre de los aborígenes. No te debilites ni te agotes.

No te debilites para que tu calor nos conforte y tu energía nos salve; no te agotes para que al remover la tierra canaria con nuestras manos de trabajadores, con nuestras manos de *pionniers*, pensemos que tú le comunicas virtud fecundante, y que nuestros árboles reciben de tí su principal condición de fortaleza. Los árboles recién plantados en este solemne día conmemorativo simbolizan así la fusión estrecha é indisoluble de las dos razas; de ellos saldrán los laureles y las palmas con que entretejemos la corona para todos, para los vencedores y para los vencidos, para la patria que sobre todos está....

.

PROPAGANDA ESCRITA



La campaña del arbolado (1)

I

18 de Julio de 1.901

Cuando miro las arboledas que circuyen el hotel Taoro, no puedo menos de recordar los pe'ados cerros que rodean á Las Palmas, y hacer comparaciones no muy agradables para nosotros por cierto.

En pocos años esta zona se ha transformado completamente, gracias al plantío de árboles en gran escala. Donde antes no había sino escorias volcánicas, hoy espesas frondas alegran la vista, embellecen el paisaje y refrescan la atmósfera atrayendo la humedad. Cambio tan grande ha sido obra de un hombre que lleva el culto de la arboricultura hasta el fanatismo, è incansable lo practica. Su esfuerzo inteligente trocó las tierras baldías en tierras productoras y feraces donde árboles y flores á porfía medran. Para ello hubo de emprender trabajos colosales, variar la faz del terreno, enmendar la plana, cómo si dijéramos, á la naturaleza; pero lo hizo, y lo hizo maravillosamente. No menos de veinte mil árboles, plantados en el espacio de unos cuantos años, realizaron la transformación.

(1) Con este artículo inicié la larga série de los que he dedicado al mismo asunto, y, aunque apareció en el libro *A través de Tenerife*, juzgo necesario reproducirlo aquí.

Impresiones de belleza, abundancia y alegría, sustituyeron á las impresiones de tristeza, abandono y esterilidad que suscitaba la contemplación de aquellos sitios. La vida vegetal los ha hecho risueños, los ha hecho próspero. El arbolado los ha hecho hermosos. La labor humana los ha conquistado para el cultivo y para la cultura.

A un hombre de voluntad entusiasta é inquebrantable se le debe. Ese hombre es Don Domingo Aguilar, un hijo de Las Palmas, que con su ejemplo nos invita á hacer otro tanto. ¡El transformaría nuestra ciudad, convertiría sus secos alrededores en amenos jardines, la dotaría de buenos paseos públicos, cubriría de verdura sus riscos desolados!

Efectuaría por sí solo lo que nuestras autoridades, nuestros administradores municipales, en tanto tiempo, ni siquiera han concebido. Arbolando se civiliza, se hace higiene, se procura salud y se presta embellecimiento á las poblaciones. Por eso en los países verdaderamente cultos se estimula de mil modos la plantación de árboles, y aun se crean sociedades cuyo único objeto es fomentarlos, recompensar á los que los plantan. En cambio, nosotros solemos ofrecer recompensas á los que los destruyen.

Con semejante proceder nos acreditamos de bárbaros y nos notamos de imprevisores. ¡Cuánto no había de ganar Las Palmas, cuanto no había de mejorar su aspecto, desde que sus alturas, hoy tristísimas por lo estériles, se cubrieran y adornaran de árboles! En el clima mismo experimentaríamos pronto beneficiosamente los efectos de las masas vegetales, que mantienen una frescura agradable.

La prensa debe propagar estas útiles verdades, y debe cooperar con una activa y celosa propaganda á que se convierta muy pronto en realidad, por el bien de nuestro país. Plantemos árboles, que plantándolos laboramos y edificamos.

II

21 de Agosto de 1.901

La prensa no ha querido reconocer la importancia del arbolado.

Solo *La Patria* que ya anteriormente se ocupó del asunto, ha tenido á bien dar su voto favorable; los demás periódicos quieren su tiempo y su atención para cosas mayores.

Esto es una cosa chica, sin trascendencia y sin novedad, una cosa en la que únicamente deben entender los introductores de árboles para la venta pública. Se la recomendaremos, pues, á Don Víctor Pérez. Sin embargo, esta cosa chica, desdeñada por nuestra prensa, estimula hoy en todas partes la iniciativa particular y hasta la actividad de los legisladores. Se legisla en honor de los árboles, cual si fuesen personas, y la verdad es que merecían serlo. ¡Cuántas veces no comparamos á un hombre fuerte con un roble y á un hombre obtuso con un alcornoque! Pues todavía cuando queremos simbolizar la suprema virtud humana, designamos al sándalo, que perfuma generoso la mano que le hiere..

No nos estrañe, pues, que para los árboles se legisle. Hay una ley en Sajonia...

¿Pero debo ofender la ilustración de mis honorables colegas citándoles el objeto y el texto de esa ley? Seguramente ellos la conocen tambien cómo yo, la admiran y desean verla reproducida en tierra de España. Leyes protectoras de la arboricultura podría mencionar muchísimas, y además de leyes, hechos, hechos que hablan tan alto cómo las leyes mismas, hechos que las preceden, hechos que las fundan. Cuando se intentó poner mano en los jardines de las Tullerías, se sublevó el buen pueblo de París. En cambio,—véase la distancia que vá de París á Las Palmas,—nuestro buen pueblo se estuvo quietecito cuando le *municipalizaron* la plaza de Santa Ana, es decir, cuando se la convirtieron de plaza arbolada y florida que era antes en lo que es ahora, un *Skating Ring*.

Esa pequeñez, de que la prensa local, mirando siempre hácia el Puerto, no quiere ocuparse, preocupa sobre manera á las poblaciones verdaderamente cultas, á las municipalidades verdaderamente ilustradas. La cultura hace respetar el árbol cómo elemento de progreso, de higiene y de bienestar; lo busca, lo planta, lo cuida y lo mima, cómo agente de innumerables beneficios. Tan es así, que ya la vulgar sabiduría discurre la fórmula de una gran verdad práctica fundada en el fomento del arbolado, fórmula cuya enunciación pudiera ser esta: *muéstrame tus árboles y te diré quien eres*. Con arreglo á semejante fórmula, ¿qué debería decirse de las colectividades que no tienen árboles que mostrar y de las ciudades asentadas cómo Las Palmas entre arenales y pedregales?

López Botas, en su tiempo, vió esto claro, lo mismo que vió otras muchas cosas ocultas á las miradas cortas y tímidas de sus contemporáneos. Diligentísimo propagandista del arbolado fué aquel hombre notable; pero desde su época hasta los días presentes, nadie ha pensado en imitarle. Las Palmas sigue reinando en la sequedad más espantosa del desierto, mientras que el descuajamiento de los pinares de Gran Canaria continúa. No comprendo el *horror al verde* de que se ha dado constante prueba en este país.

Hoy que parece haberse vencido el horror al agua, puesto que nos van á traer—y poco importa el conducto ó medio con tal que llegue,—la necesaria para el abasto público, fuerza es que también acabe el horror al verde. Si el verde no daña, señores míos; si por el contrario, limpia, fija y dá esplendor cómo la Academia de la Lengua...

Las Palmas no será una ciudad habitable, en tanto que parezca erigida en lo más desolado de la Arábia pétrea, ni será un centro de civilización en tanto que la dominen la apatía ó la incuria. Vestir de verdura los áridos montes que la ciñen, dotarla de jardines, avenidas y calles arboladas, debe ser el primer capítulo del programa de reformas por cuya realización clamamos.

Pero en ese programa, poco se dice de árboles. El ho

rror al verde no está aun vencido. El ejemplo de los pueblos cultos, la sombra de López Botas nada nos enseñan, y la prensa prosigue mirando al Puerto...

Precisamente, ahí es preciso mirar para convencerse de la verdad y la necesidad de cuanto queda expuesto. Por ahí nos viene la vida; por ahí no puede venir la muerte... El aspecto sahárigo del paisaje que desde el Puerto se divisa, predispone mal al forastero, le asusta, casi le espanta. La lejanía polvorosa y triste no le invita á seguir adelante, sino á retroceder.

Hagamos alto.

III

Al Sr. D. Andrés Navarro Torrens.

28 de Agosto de 1.901.

Su dictámen, mi viejo maestro y leal amigo, está haciendo falta en este asunto del arbolado, que debe resolverse tomando en cuenta la opinión de los peritos, para luego recurrir al sufragio universal. No desconfío del voto público: menos puedo desconfiar todavía del de los técnicos.

El problema es sencillo, se plantea con dos palabras categóricas y terminantes. ¿Conviene fomentar la plantación de árboles en nuestra tierra? El que respondiera que no, expediríase á sí propio patente de inculto, se declararía enemigo de su tiempo y de su país. Sobre cuestión tan sencilla no caben diversos pareceres: uno solo cabe, afirmativo y resuelto. Cuando se llame á votar y el acto se anuncie con la sacramental fórmula: *los señores que estén conformes que se levanten*, veremos cómo hasta los mozos de cuerda yerguen el cuerpo y extienden las manos. Los mismos irracionales, si tuvieran voz y voto, en caso tan excepcional lo ejercitarían; pero aun no teniéndolos, me figuro yo, mi señor don Andrés, que algún medio peregrino hallarán para manifestar su pensamiento. Un rebuzno más alto, un cacareo más agudo, un arrullo más tierno, un canto más melodioso de lo acostum-

brado, pudieran ser tal vez las señales por donde viniera á comprenderse que también la asamblea de todos los animales se declaraba por la afirmativa. El árbol, símbolo hermoso de la vitalidad, no sólo es colonizado por los pajarillos del aire que entre sus ramas protectoras anidan y procrean, sino respetado por las bestias y bestezuelas que pasan á su sombra. Atado á su tronco, el caballo, nuestro amigo mejor, reposa de sus jornadas, á su pié tragina la hormiga infatigable, retrepado en su copa el capirote ensaya sus romanzas. Desde la hormiga al elefante, la escala zoológica busca el arrimo del árbol. Es el árbol imán del instinto y del pensamiento.

Había de ser el hombre, casi siempre menos *razonable* que el bruto, quien se atreviera á destruirle. Pero es que el hombre, mi señor don Andrés, no ve más que su codicia, su imbécil codicia; ella le pone anteojeras de mulo para que no desparrame y extravíe la mirada en las infinitas direcciones de los efectos útiles, extraños á su interés. No percibe sino una causa y un efecto interesados; mata la gallina para coger la pepita de oro. ¡Pobre insensato! Que viva la gallina y viva con su pepita. *El loco Dios*, á despecho de su locura, adoraba las rosas cómo si fueran seres vivos, se enfurecía contra Fuensanta, cuando Fuensanta las *mataba*. Peor es matar á los árboles, porque las rosas son la gracia y los árboles son la fuerza; la fuerza, ley suprema de la vida, ley suprema de la humanidad. Al aniquilar los árboles, rompemos el cuerno de la abundancia; al fomentarlos, lo volcamos henchido de dones benéficos sobre la tierra.

Convencidos de esto, hombres y brutos votarían conformes en una consulta plebiscitaria á favor del arbolarlo. Los mismos codiciosos que solo gustan del árbol caído, para hacerlo leña, no se atreverían á emitir voto contrario; á lo sumo, *se abstendrían*. Teóricamente, el asunto está resuelto. Los ejemplos civilizadores vencen las resistencias. En Alemania, esa gran nación, legisladora de los pueblos, plantan árboles los niños y los recién casados para *entretenerse* ¿Que le parece á Vd. el entretenimiento? Que debe imitarse en los demás países, ¿verdad? Pues se imita, mi querido amigo; la riqueza fo-

restal crece con las generaciones que la fomentan, y es una cosa magnífica ver la vegetación humana creciendo y medrando á compás de la vegetación de los campos y de los montes. Una familia planta un huerto, un municipio planta un parque, una provincia planta una selva. Mientras los cuerpos que se fatigaron plantándolos se incorporan al *humus* vegetal, por entre las columnas de los troncos gigantes, bajo la bóveda del ramaje sombrío, pasa la humanidad aspirando la vida.

El asunto está resuelto, vuelvo á decir, teóricamente; pero importa mucho darle inmediata solución práctica. Nos importa sobre todo á nosotros. Nuestra isla pide arbolado en sus montañas numerosas, en sus llanuras escasas, que, sin haberlo tenido nunca de sobra, lo miran disminuir de día en día. Nuestra ciudad de Las Palmas pide arbolado también en sus calles, en sus paseos y en sus alrededores, que siempre fueron horribles por su desabrida desnudez. Concrétese por el momento la inmensa tarea á esta última parte, la más importante quizás, y empecemos aquí, en el primer centro urbano de Gran Canaria, la plantación. Ahora que nos ha llegado el turno de *européizarnos*, ahora que tenemos un vasto plan municipal y se anda buscando fondos para realizarlo, ¿cómo no reservar en el presupuesto de reformas suficiente espacio y suficiente dinero á la satisfacción de tan grande necesidad?

Concretémos más todavía, para facilitar los comienzos de la empresa. Fijemos la vista en los *riscos*, en los cerros que rodean la ciudad. Secos y tristes son. ¿No podrían hacerse bellos y alegres vistiéndolos de pinos canarienses y de palmas? Si esta transformación es posible aunque sea difícil, aunque sea costosa, tomemos el camino de la montaña... Todo el que lleve un árbol á la altura, merecerá bien de la patria.

Y ahora, tiene Vd. la palabra, Sr. Navarro Torrens.

IV

3 de Septiembre de 1.901.

Leo que Don Ramón Madan ha adquirido cuatro mil piés de eucaliptus para plantarlos en la montaña de Arúcas. ¡Bien por Don Ramón! Es buena cosa la fortuna cuando se emplea en empresas benéficas ó útiles; cuando el que la posee y la disfruta tiene en cuenta, al aplicarla, además de su bien particular, el bien general. Esto es muy raro, rarísimo, entre nuestros ricos, que hacen poco para desarmar las justas prevenciones, acaso los nacientes odios, de aquellos á quienes aplasta é insulta su riqueza.

No necesitan ejercer activamente la caridad para adquirir un título de simpatía y consideración ante el proletariado. Bastaríales abandonar la actitud de indolencia altanera en que se mantienen dando guardia á sus escondidos tesoros. Bastaríales hacerse empresarios, industriales, productores y trabajadores en gran escala; poner en circulación su dinero que, estancado, sólo sirve para alimentar el vicio imbécil de la avaricia, y que circulante, corriente, sirve, en cambio, para robustecer la sangre que la miseria ha empobrecido en las venas del pueblo. Bastaríales hacer valer en favor de todos, por medio de inteligentes aplicaciones prácticas, esos caudales ocultos ó encerrados en cauces limitados y estrechos, esos caudales que son cómo rios corriendo bajo tierra, á muchos metros de profurdidad. Bastaríales—digámoslo de una vez—pensar un poco menos en sí mismo y un poco más en el prójimo y en la patria.

Por manera que se trata únicamente de abrir la inteligencia y el corazón á los nobles sentimientos y á las altas ideas. El capital bien empleado justifica su existencia, porque difunde sus beneficios dentro de un radio de acción cada día más extenso; dá ciento por uno al que lo sabe utilizar con buen tino, y cede en provecho de la mayoría social merced á las indestructibles solidaridades del trabajo. Quien quiera que trabaja, trabaja para todos.

Esos cuatro mil árboles que se propone plantar el Sr. Madan, representan una obra patriótica y humanitaria, tal cómo suena. Son ahora labor que demanda brazos; serán mañana, serán pronto, belleza, salubridad, frescura, higiene. Ahí vemos una bonita aplicación de la riqueza. ¡Cómo ella, cuántas otras podrían emprender nuestros propietarios si quieren dejar por fin su tradicional abandono!

Innumerables obras de utilidad común les solicitan. Sus capitales asociados, en competencia con los capitales extranjeros absorventes y avasalladores, harían sin duda maravillas. Bastaría querer, basta ía proponérselo. Respecto al fomento del arbolado, no es preciso decir que ellos, los ricos, son los que están llamados en primer término á darle impulso, con ventajas notorias para la comunidad y para ellos mismos.

Y cómo ya tenemos delante un ejemplo, señálemosle. Digámos otra vez: ¡bien por Don Ramón!

V

6 de Septiembre de 1.901.

¿Habrá quien imite el ejemplo del Sr. Madan? ¿Faltarán entre nuestros propietarios, hombres de iniciativa inteligente que consagren á la propaganda del arbolado una pequeñísima parte de su fortuna?. No quiero dudarlo. Por lo pronto, puede comprobarse un hecho que influirá mucho para mover las voluntades de aquellos privilegiados y envidiables caballeros; el apoyo que la opinión ha prestado desde un principio á esta propaganda importantísima.

Cómo las ventajas del plantío de árboles son tan evidentes, ciego tiene que estar el que no las vea. Y aunque aquí, por desgracia, los ciegos abundan, hasta el punto que solemos llamar á nuestra tierra *tierra de los ciegos*, ya los ojos se abren y perciben claramente verdades y realidades que antes para la generalidad permanecían ocultas. La ceguera del espíritu, producida por hábitos viciosos, por necias rutinas, se va venciendo. Y

ahora es el momento de las grandes resoluciones, ahora cuándo de un golpe nos llega la luz durante tanto tiempo deseada y desconocida.

No de otra manera el ciego al recobrar la visión ó al adquirirla por primera vez, quiere salirse de sí mismo y apropiarse todas las cosas en un ansia desapoderada de adquisitividad. Nos acomodaremos también á las necesidades de la vida moderna, transformándonos; pero ¡que tarde nos resolvemos á marchar! Cuando nosotros vamos, los demás vienen ya de vuelta.

Lo que pronto se hará en Arúcas, bien puede y debe hacerse en Las Palmas. ¿No saldrá por ahí algún capitalista deseoso de ganar buena fama arbolando los cerros de San Juan, de San Roque ó de Fuera la Portada? Resuélvanse á marchar hacia la montaña. Los árboles que en ella planten perpetuarán su nombre y lo transmitirán engrandecido á las generaciones venideras.

Los eucaliptus de Madan escalarán la montaña de Arúcas cómo un ejército conquistador. Busquemos caudillos para realizar aquí idénticas conquistas sobre la naturaleza.

Constituyamos sociedades con el exclusivo encargo de fomentar el arbolado en Las Palmas y en la isla, pidamos el concurso de todos en una obra que á todos por igual interesa. Y cada uno, según lo permitan sus medios, lleve su personal concurso á esa labor patriótica multiplicando la riqueza vegetal, base de prosperidad para los pueblos.

VI

25 de Septiembre de 1.901

Otro artículo sobre el mismo tema. Mientras Don Andrés Navarro y Torrens prosigue escribiendo los suyos, tan nutridos de información técnica y de enseñanza científica, yo no he de abandonar por completo mi propaganda, guiado del buen deseo de verla pronto trocada en realidad venturosa..

Tampoco abandonaré el título general que á esta

serie de escritos sobre el arbolado decidí ponerle, desde el mismo punto en que pensé escribirlos. Es el mejor, es el más adecuado, es el único, puesto que exclusivamente de árboles se trata. Pidiéndolos un día sí y otro también, al cabo los obtendremos. Y en tanto llega el triunfo, que no puede negársenos, —ó yo no sé donde me meto,—en tanto llega la hora de obrar, vale decir, la hora de plantar, el Sr. D. Andrés y este humilde servidor de los que lean las presentes líneas, nos ocupamos en arbolar *El Diario de Las Palmas*.

Algo es algo; por algo se empieza. Al *Diario* le tenemos arbolado ya con tanto escribir de árboles en él. Pero no importa, que no machacamos en hierro frío, gracias sean dadas á Dios. La opinión nos sigue, é irá decidida con nosotros en esta campaña á donde la llevemos. Complace y consuela advertir cómo las iniciativas verdaderamente provechosas y de utilidad común, despiertan aquí el interés que á las cosas políticas se niega.

Pero, mirando el asunto despacio; ¿no podría, no podrá asegurarse que ésto es asimismo política, y de la más fina, de la más pura, de la más fructífera, de la más honda? Política en cierto sentido elevadísimo é impersonal, cómo la *hidráulica*, que demandaba para salvación y rehabilitación de España Joaquín Costa. Sí, no cabe duda, muy superior á la política de las personas, y al fin hemos caído en ello. Todo es cuestión de sanear la atmósfera y de refrescarla.

Por eso se ha podido, desde el principio, sin mayor esfuerzo, mover los ánimos de las gentes á favor de la sencilla idea salvadora que hemos popularizado. Seguidores atentos de mi propaganda, lectores asíduos de mis artículos, me escriben apuntándome medios, procedimientos y soluciones. Esta colaboración libre y espontánea sírveme de eficaz estímulo. Unos piden un meeting para resolver en junta pública los extremos prácticos del problema, otros recomiendan la institución inmediata de la fiesta del árbol. Todo se andará. Dejad por ahora que el empuje de la opinión vaya arreciando hasta hacerse irrecistible, y que hablen los peritos.

El parecer de estos mandapeso, porque pondrá de

seguro la rúbrica á la gran instancia popular. Yo desearía saber lo que acerca del fomento y propagación del arbolado en nuestra isla piensan los directores de nuestros jardines públicos... Quién calla otorga. ¿No es verdad, señores míos?

Y tambien querría yo saber, y querría saberlo el público, qué actitud se propone adoptar la Real Sociedad Económica de Amigos del País en presencia del problema que está planteado. Si el buen Carlos III al fundar esas asociaciones se propuso con ellas favorecer el desarrollo de los intereses generales, de los intereses materiales, ¿cómo pudo poner en olvido la necesidad de propagar los árboles en las tierras áridas de España? Recuérdense las colonias alemanas de Sierra Morena. El monarca reformista no supo tal vez hacia qué lado caía Gran Canaria, pero si lo hubiera sabido, su regia previsión hubiera hecho desde entonces lo que hoy intentamos hacer nosotros tarde y con desventaja.

Del Ayuntamiento futuro, no hablaré. Nos proponemos recabar su ayuda para la obra *santa* del arbolado. Si viene á servir á la patria, deberá empezar por servirla en esa aspiración grande, útil, necesaria. Si viene á robarnos la última esperanza, desde ahora mismo ¡*anathema sit!*

Basta de árboles por hoy, pero seguiremos *arbolando* el *Diario*.

Animo, mi señor don Andrés.

VII

26 de Septiembre de 1.901

La campaña que hemos emprendido aquí en favor de la propagación y cultivo del arbolado, no puede menos de interesar á toda la provincia. Toda ella, en efecto, necesita aumentar el número de los árboles existentes, aumentarlos sin tregua, haciendo crecer al propio tiempo su salubridad y su riqueza.

Plantad árboles: tal es la forma de un programa obligatorio para cuantos seriamente se preocupan del

porvenir de Canarias. Plantarlos, donde quiera que puedan prender y arraigar; plantarlos en la llanura y en la montaña, en las ciudades y en los campos; en los caminos y en los desiertos. Formad huertas, jardines, bosques; depositad en las entrañas de la madre tierra, siempre fecunda aun bajo las apariencias de la esterilidad absoluta, esos gérmenes bienhechores que un día darán frutos de vida y abundancia. Semejante cálculo no merra nunca. No hay error en señalar á larga fecha, desde el momento mismo en que se planta un árbol, la cosecha de sus beneficios. A medida que su tronco se robustezca, que se espese y extienda su ramaje, que se redondee y dilate su copa bajo la acción vivificante de la savia, á medida que avance su desarrollo, en fin, irá propagándose una magnífica expansión vital. Y siguiendo esta acción modificadora con la multiplicidad continua del arbolado, llegarán á cambiar por completo, favorablemente, las condiciones del país. De esto tenemos ejemplos que no permiten abrigar dudas. Comarcas antes estériles é insalubres, sólo por la virtud del arbolado son hoy fértiles y saludables. Los grandes pueblos dedican al árbol un culto casi religioso. París posee nada menos que ocho millones de ejemplares vegetales dentro de su recinto, y en Alemania constituye una verdadera labor nacional, una verdadera preocupación patriótica, la de multiplicar los árboles. La cultura enseña á ver claras estas cosas, estas necesidades. La incivildad y el atraso se gradúan precisamente por el desconocimiento que de ellas se tiene.

No es necesario ir tan lejos para hacerse cargo de los resultados progresivos que con el fomento de la arboricultura se logran. Cerca se nos ofrece un ejemplo en ese maravilloso hotel Taoro, alzado entre frondas y jardines hermosísimos, en un terreno donde antes no se descubría el menor vestigio de vegetación. Allí el trabajo de un entusiasta apasionado del árbol ha modificado la naturaleza, reduciéndola, conquistándola, haciéndola fecunda y generosa. Era adusta, horrible, ingrata: ahora es risueña, amable, pródiga. ¡Y ha bastado para este cambio el empuje de una sola voluntad!

En Las Palmas, la opinión pide enérgicamente lo

mismo que yo vengo pidiendo desde que regresé de la Orotava; el aumento del arbolado en la isla entera. Se ve ya en el fondo de tan sencilla pretensión, razonada con hechos y con pruebas indiscutibles, una trascendencia enorme. Pedir árboles es pedir progreso, higiene, bienestar, salubridad, ornato público. Es plantear un problema agrícola, higiénico, climatológico y hasta social. La prensa ayuda en la empresa, o mismo que la opinión, y me siento orgulloso de mi iniciativa.

Fuerteventura, más que ninguna otra de las islas, está interesada en fomentar el arbolado, por cuyo medio se operaría en su suelo una completa transformación. Su sequedad remediaríase en gran parte, su aridez se mitigaría. Y una isla nueva, una isla amena y próspera, cómo consecuencia, había de surgir.

Para la provincia el asunto que me ocupa es vitalísimo. En vez del hacha que tala, enarbolemos el pico que abre el hoyo donde el embrión del árbol será depositado como una promesa de porvenir. Y en vez del talador, enemigo de los árboles y de los hombres, figura cuyo perfil tiene algo de siniestro, pues nos recuerda una obra de destrucción y ruina, en vez del talador incorregible, legiones de vigorosos plantadores que vayan levantando los millares de columnas del bosque sagrado...(1) Prediquemos, prediquemos esta nueva religión.

VIII

28 de Octubre de 1.901

Un colaborador espontáneo de la campaña del arbolado, un entusiasta por el fomento de los árboles en nuestro país, me ha escrito desde Madrid proponiéndome una idea que juzgo muy acertada y oportuna. En compañía

() Se observará en estos artículos la repetición, á trechos, de unas mismas ideas con parecidas palabras, algo que alguien pudiera pedantescamente calificar de *vicio tautológico*.

Sin embargo, no es eso, en rigor. Es que me propuse grabar por tal medio, convirtiéndolos en *ritornelos* literarios ciertos conceptos que podían herir la fantasía de los lectores ú oyentes.

de la carta me ha enviado la circular del obispo de Salamanca dirigida á promover el celo de los párrocos de su Diócesis en favor del desarrollo de la arboricultura.

Ya tenía yo conocimiento de esa circular, hermosa pieza literaria donde esparció en profusión el ilustre padre Cámara las ricas y severas galas de su estilo. Estaba seguro de haberla leído en un periódico local, sin poder precisar cual fuera ese periódico. Empeñado andaba en buscarla para sacar de su sustancioso texto consecuencias y enseñanzas que á mis propósitos sirviesen, cuando he aquí que un oficioso amigo me la remite. Sinceramente le quedo agradecido por el favor.

El bello escrito del prelado insigne que rige los destinos de la Iglesia salmanticense, encamínase como he dicho, á interesar al clero en la plantación de árboles, á tomarle por auxiliar de esta empresa importantísima, á pedirle que no solo los plante, sino que aconseje á los fieles que los planten también ellos para procurar la mejora y el enriquecimiento de la tierra de España.

En más breves términos: el P. Cámara se propone hacer de los sacerdotes propagandistas convencidos, cooperadores prácticos de la campaña.

Que cada casa rectoral tenga en redor, bien poblado y bien mantenido un huerto; que en el huerto los árboles crezcan protegidos por la mano del párroco, tan solícito para cuidarlos cómo para conducír y apacentar las místicas ovejas; que sobre los templos extiendan protector ramaje, sombra apacible, y en los cementerios, sombreando las tumbas, simbolizando la perennidad de la vida, ostenten su melancólica verdura los sauces y los cipreses.

El árbol es el gran símbolo del cristianismo; de un árbol, árbol sagrado, árbol santo, árbol bendito, salió la Cruz. La Biblia es un bosque donde por los troncos de las venerandas tradiciones trepan cómo ideales parasitarias los pensamientos divinos. La Iglesia, dicen sus apologistas, es el Cedro vencedor de las tempestades.

A su sombra, añaden, los pueblos reposan salvados y caen vencidos los enemigos de la verdad eterna.

Jesús, en sus parábolas, maravillosas por la sencillez

trascendental que las caracteriza, de los árboles quiso hablar muchas veces; los santos Padres, en los árboles buscaron términos adecuados de comparación. Arbol de salud, árbol de la vida, árbol de las bienaventuranzas, dice la retórica teológica para enseñar los bienes morales, los dones sobrenaturales.

De estas cosas supremas, así simbolizadas, podemos bajar á las cosas que las simbolizan. Envueltos en el velo simbólico, podemos ver la bondad y el provecho que los árboles por sí mismos reportan al hombre, y plantándolos, sin duda alguna, ponemos columnas en el templo de la Naturaleza, que es el mejor templo de Dios.

El P. Cámara ha interpretado el carácter humano de semejante obra y la ha agregado á las tareas del ministerio sacerdotal. No hay violencia alguna en que los párrocos cuidadores de la viña del Señor, planten árboles, ni menoscabo de las funciones eclesiásticas en que los párrocos, procuradores de la felicidad transitoria y perdurable de sus fieles, lleven al púlpito, si llega á ser preciso, esta cuestión de universal interés.

No emito una opinión propia sobre el particular. Me acojo complacido á la del P. Cámara que envuelta en lujoso ropaje de elocuencia, está expuesta en el documento á que me refiero.

Y me atrevo á esperar que nuestro Prelado el digno P. Cueto le imite.

IX

30 de Octubre de 1,901

En mi último artículo me permití llamar la atención de nuestro venerable é ilustre Prelado acerca de la circular con que el obispo de Salamanca se dignó recomendar á los párrocos de su diócesis la plantación de árboles.

La Iglesia aparece á nuestros ojos preocupada en proteger los intereses materiales. Y es bien que así aparezca, porque el cuidado de las cosas que atañen á la salud espiritual, no estorba ni excluye algún miramiento para con lo que podríamos llamar *terrenalidades*.

Vamos á lo eterno por lo perecedero y contingente: hemos de aceptar las condiciones de la vida, esforzándonos por mejorarlas. Y la gran misión tutelar atribuída al sacerdocio que en la tierra afirma trabajar á favor del cielo, admite en amplia medida una desvelada solicitud hácia todo aquello que signifique el mejoramiento del hombre y de la morada del hombre.

La Iglesia, guiando por buenos caminos el progreso de los tiempos, nada pierde de su carácter sagrado y gana, en cambio, humanos prestigios. La Iglesia patrocinando las reformas trascendentales de los pueblos y recomendándolas con su autorizada voz, toma algo del mundo, pero le dá mucho más de lo que toma. La Iglesia poniendo su sello divino á las recetas y medicinas de la buena administración temporal, cumple con la humanidad, sin dejar de cumplir con Dios.

Estos conceptos míos los comparten prelados eminentes, publicistas religiosos que á estilo del P. Cámara, han tratado cuestiones del buen régimen y gobierno secular, problemas científicos, económicos y hasta agrícolas. El propio León XIII, á quien algunos califican de pontífice *modernista*, por la mucha, ilustrada y sostenida atención que presta á los problemas modernos, nos puede servir de ejemplo augusto en este extremo.

La Iglesia debe asociar sus esfuerzos á los de los grandes trabajadores que, en la esfera de las ciencias y artes profanas, abren á la comunidad rumbos de engrandecimiento y de salvación.

Escrito le que antecede, he tenido el honor de recibir una cariñosa y honrosa carta del P. Cueto anunciándome que la cuestión del arbolado merece su alto patrocinio y que se ocupará de ella en una circular próxima á publicarse en el *Boletín Eclesiástico*. (1)

No podía ser de otro modo. El distinguido Pastor

(1) Esta circular se publicó, en efecto, y la incluyo al final de este libro.

había de oírnos y secundarno con su preciosa ayuda en esta campaña que tantos beneficios reportará á los territorios de su Diócesis.

Pero cómo los razonamientos anteriores no huelgan sino que antes bien tendrán corroboración en la circular anunciada, los dejo intactos y los publico.

X

30 de Diciembre de 1.901

Hablemos otra vez de arbolado. Pasada una larga tregua, necesaria para tomar aliento, volvemos á lo mismo. Conviene no olvidar ni perder de vista el gran problema que la cuestión del arbolado entraña. Todo el mundo está conforme con las razones que hemos expuestos en nuestra propaganda infatigable, pero las iniciativas no vienen, y á promoverlas debemos dirigirnos resueltamente.

Es verdad que aprobación y aplausos no nos han faltado desde el principio. Se ha visto clara la necesidad de emprender la obra importantísima recomendada por nosotros; se le ha prestado el auxilio de las buenas palabras y de los estímulos verbales; se la ha recomendado, celebrado y enaltecido. No podemos quejarnos en cuanto á esta clase de cooperación que radica tan solo en la voluntad de hacer, en el deseo de que otros hagan.

No nos ha faltado tampoco algo de cooperación *práctica*. Nuestro ejemplar obispo se dirigió á los párrocos excitando su celo á favor del plantío de los árboles y pidiéndoles le suministren cuantos datos relacionados con este trascendental asunto puedan adquirir. El rico é inteligente Don Ramón Madan ha comenzado á plantar de eucaliptus la montaña de Arúcas, cuya transformación y embellecimiento le deberemos. Otros propietarios le secundan y los saludables ejemplos se multiplican.

Pero, á todas estas, ¿que hacen las corporaciones y las sociedades de Las Palmas? ¿Qué hacen la Sociedad Económica y la Agrícola, más especialmente obligadas, por sus fines propios, á impulsar la campaña del arbolado?

¿Qué hace el Ayuntamiento para estimular y favorecer dicha campaña en lo que atañe é interesa á esta ciudad? No tenemos noticia de ningún acuerdo en tal sentido.

La labor periodística ha sido hecha con valor y con persistencia, y hasta fuera del país ha tenido resonancia. Pero ahora es preciso que las resoluciones vengan á hacerla práctica y provechosa. La cuestión será llevada al Ayuntamiento, será llevada á la Económica ¿Encontrará la acogida que merece?

No lo dudemos. El progreso de Gran Canaria solicita los desvelos constantes de aquella corporación y de aquella sociedad; siendo base principal de ese progreso el fomento del arbolado, imposible será que lo desatiendan.

Debe el Ayuntamiento dedicar á la empresa alguna cantidad, estableciendo al mismo tiempo premios para los plantadores cuidadosos y multas para los bárbaros destructores de los árboles. Debe la Económica instituir por su cuenta, inaugurar y popularizar la Fiesta del Arbol, arraigada hoy en todos los países cultos.

Pero estos particulares piden ser tratados con más detenimiento en otro artículo, que escribiré otro día.

XI

23 de Enero de 1.902

Firme en mi propósito de no dejar este asunto de la mano, vuelvo á consagrarle hoy algunas líneas. Podría creerse que todo respecto de la cuestión *árboles* estaba dicho; pero realmente aun queda mucho por decir, porque queda todavía mucho por hacer.

Hay que adoptar,—no me cansaré de repetirlo,—una iniciativa eficaz y de resultados prácticos. ¿Cual será esa iniciativa? La fundación de una sociedad para el fomento del arbolado, en condiciones de dar comienzo á la obra. No importa que esa sociedad se constituya sobre bases modestas; lo esencial es constituirla. Después, seguramente, ella crecerá y prosperará ensanchando su esfera de acción.

Debería llamarse sociedad del Arbol para enunciar

con su mismo título su objeto. Una cuota ínfima, que podría ser de uno ó dos reales á fin de asegurarle el mayor número posible de socios, proporcionaría los primeros recursos, destinados á adquirir los primeros ejemplares y á realizar las primeras plantaciones. Se formarían viveros y se procuraría que el Exmo. Ayuntamiento subvencionara á la asociación ó le prestase cualquier apoyo. Una activa propaganda en la prensa, sostenida por cuantos medios se estimaren conducentes, proseguida con entusiasmo, haría que la sociedad del Arbol viese pronto multiplicados sus recursos, pudiendo satisfacer ampliamente los fines determinantes de su fundación.

Yo estoy encariñao con la idea, y me permito exponerla aquí en la confianza de que será bien recibida. Me parece por el momento la única fórmula viable y práctica de realizar una aspiración general convirtiéndola en hecho. La sociedad constituída en la forma dicha, podría reunir en su seno gran variedad de elementos y hallaría grandes facilidades para desarrollarse y actuar provechosamente.

Lo módico, lo insignificante de la cuota fijada, se compensaría con el crecido número de asociados, haciendo posible acometer en vasta escala los plantíos. Conveniría, por tanto, dar á la asociación del Arbol un carácter de generalidad que permitiese figurar unidos para el mismo fin al propietario y al colono, al capitalista y al obrero.

Las autoridades deberían protegerla y facilitar su cometido. Auxiliando y reforzando su acción, sería muy útil establecer un sistema de recompensas y de multas para premiar á los que propaguen y cuiden el arbolado y para castigar á los que lo ataquen y destruyan.

XII

23 de Febrero de 1.902

Por fin tendremos fiesta del Arbol. (1) La hará la Aso-

(1) La Fiesta del Arbol se celebró, por una sola vez, en la antigua Plaza de la Feria, hoy del Ingeniero León y Castillo; allí nació muerta y no ha resucitado.

Los árboles que se plantaron aquel día, han perecido en el mayor abandono.

ciación de la Prensa, á quien por realizarla le cabrá mucho y grande honor que no compartirá con nadie. Ni la Cámara Agrícola ni la Sociedad Económica, se han dado por enteradas de las alusiones que se les ha dirigido para que se pusieran al frente de la empresa. La prensa asociada ha comprendido al cabo que le convenía aprovechar esta buena oportunidad de ganar fama y crédito, y la aprovechará. Sola, en lucha con resistencias y hasta con hostilidades inexplicables, llevará á la práctica su proyecto.

El plan está ya trazado en líneas generales. La hermosa fiesta habrá de verificarse en la plaza de la Feria, que quedará embellecida y urbanizada. Plantaremos allí los primeros árboles, esbeltas palmeras canarienses, de aspecto tan bello y ornamental. Llevaremos á los niños de las escuelas para ofrecerles un espectáculo agradable y sugestivo, que labrará honda huella en su memoria. Haremos que la juventud escolar se asocie á la obra de civilización y patriotismo. Evocaremos ante ella el porvenir.

Más todavía. Si se logra vencer ciertas dificultades, organizaremos un batallón infantil que desfilará ante el primer árbol plantado en la plaza, árbol simbólico y conmemorativo. Este número del programa, caso de realizarse, constituirá la mayor y más interesante novedad de los festejos. Dependerá de los maestros y los padres que se lleve á cabo tan simpática idea, por lo cual les excitamos vivamente para que pongan los medios necesarios á fin de que la milicia escolar se forme. Esos batallones infantiles convenientemente organizados, existen en todas las capitales de alguna importancia, revistiendo el doble carácter militar y cívico, desarrollando en los niños desde muy temprano el espíritu que, andando el tiempo, contribuirá á hacer de ellos buenos ciudadanos.

Tales son los propósitos de la Asociación de la Prensa, relacionados con la realización práctica de la campaña del arbolado. Yo confío en que obtendrán el apoyo que merecen. Las sociedades que nada han hecho por sí mismas para contribuir al buen éxito de la campaña, por lo menos querrán secundar con sus elementos los excelen-

tes planes que una entre todas ellas, una sola, ha concebido en su deseo de servir á la patria y honrarse á sí propia.

XIII

28 de Febrero de 1.902

Continúan las buenas iniciativas á favor del arbolado. La Cámara Agrícola acordó adquirir por su cuenta veinte mil semillas de caouchouc para venderlas y repartirlas á los propietarios y agricultores.

Conocidas las condiciones del árbol mencionado, no cabe la menor duda de que nos conviene introducirlo y propagarlo en nuestra isla. Puede lograrse su arraigo en los parajes más áridos, allí donde la naturaleza está como muerta. No pide cultivo alguno ni depende su conservación del cuidado de la mano del hombre. Crece pronto y crece mucho. A los cuatro años empieza á rendir beneficios. Su producto es una sustancia aplicable á la industria, valiosa y, por consiguiente, muy recomendada. En el árbol del caouchouc se reúnen, cumpliéndose el precepto clásico, belleza y utilidad.

Herido el tronco robusto, mana una especie de sangre generosa que, coagulada, produce luego el caouchouc. La explotación industrial principia enseguida, y compensa inmensamente los escasos gastos del plantío. Cubiertas de esta clase de árboles las tierras abandonadas, que para ello pueden ser buenas cuando para ningún otro destino sirven, abriríase una copiosa fuente de prosperidad.

Afortunado país el país canario, verdadero campo de aclimatación de la flora del mundo entero. Prenden en él, y medran, los más varios ejemplares de las diversas zonas; apenas hay especie vegetal que no crezca vigorosa en el suelo de Canarias. Por eso en Canarias las grandes crisis agrícolas encuentran fácil é inmediata solución, sin más que sustituir un cultivo por otro cultivo.

Hoy el árbol del caouchouc nos ofrece una nueva promesa de bienestar y abundancia. Debemos adoptarlo.

Sigue el impulso creciendo.(1) No hay campo del que no se reciban noticias que anuncian buenos propósitos relacionados con el éxito de la campaña que me cupo el honor de iniciar hace algunos meses. Aquí mismo, en la capital, se forman viveros, y el distinguido prelado ofrece sus jardines para eso.

El ilustre obispo se ha convertido en nuestro más celoso y resuelto auxiliar. No contento con haber recomendado á sus fieles en una circular muy bien escrita y razonada la empresa á que dedicamos nuestros esfuerzos, señalándola como de grandísimo interés, ha querido dirigirse á los curas párrocos de la isla entera ordenándoles secunden sus miras por cuantos medios á su alcance estén. Los párrocos contestan que han empezado á cumplir los deseos del activo pastor. En la secretaría del Obispado se reciben avisos é informes muy satisfactorios de la manera cómo se llevan á efecto en los curatos rurales las órdenes del bien querido P. Cueto. Estamos de plácemes los que tanto nos hemos afanado por provocar este movimiento.

XIV

4 de Marzo de 1902

Resúmen de los frutos obtenidos hasta hoy, en nuestra propaganda á favor del arbolado: Grandes plantaciones hechas ú ordenadas por don Francisco Manrique de Lara, don Ramón Madan, don Juan y don Domingo Rodríguez Quegles, don Luis Morales, don Víctor Pérez Navarro y algunos más que en este instante no recuerdo; campaña activísima de nuestro excelente obispo el P. Cueto excitando el celo de los curas párrocos y de todo el clero canario para que concurra con su parte de la-

(1) Cuándo esto escribía, reinaba, en efecto, ó parecía reinar mucho entusiasmo en favor de la repoblación forestal de nuestros campos y nuestros montes.

No tardaron en soplar vientos fríos, vientos polares que detuvieron y paralizaron completamente en los ánimos aquellos primeros impulsos. Hoy ni memoria queda de lo que entonces se proyectó, se resolvió y se comenzó á hacer.

bor á la grande empresa común; proyecto de la Asociación de la Prensa, que ya nuestros lectores conocen, por haberlo anunciado y comentado la prensa local en los términos encomiásticos que merece. Además, la opinión propiciamente impresionada, la gente dispuesta á imitar los buenos ejemplos señalados más arriba, la Cámara Agrícola puesta á la tarea de ofrecer y vender semillas de caouchouc, introducidas por la misma Cámara en cantidad considerable, nuestros perseverantes esfuerzos aplaudidos en la provincia entera, bien acogidos hasta en Madrid.

El impulso dado desde las columnas del *Diario* parecía débil porque lo daba yo, que no podía corroborar las doctrinas con las obras, y, sin embargo, ha movido numerosas voluntades á la acción inmediata. Mucho se ha conseguido en pró de la realización de la hermosa idea adoptada como programa de salud y vida, si se toma en cuenta el tiempo que llevamos defendiéndola, recomendándola y desarrollándola. Algunos meses tan solo han bastado para que el país haya dicho ¡hágase!, y para que los naturales ejecutores de la orden hayan dicho, ¡sea! y se hayan resuelto á hacer. Yo veo en esto un triunfo más—¿porqué callarlo?—de la publicidad periódica que, estando bien inspirada, estando orientada hácia los altos fines é intereses sociales, siempre á la postre alcanza la victoria. Tal convencimiento me mueve á no dejar que con el silencio se enfrien los ardorosos entusiasmos despertados por la continuidad de la predicación. Este peligro es aquí harto positivo, desdichadamente: pronto caen en la inercia, si á la continua no se les estimula, los ánimos que por un momento se sintieron excitados á obrar, capaces de dirigirse con tesón al logro de un propósito. Seguiremos, pues, hablando sin cesar de árboles. Por mucho que se continúe el trabajo empeñado, no ha de fatigarme; antes que yo se cansará el público, pero haré de modo que él tampoco se canse, procurando amenizar estos asuntos, amenos ya de suyo. ¿Hay nada más ameno, mis queridos lectores, que la vegetación? Perseguimos la amenidad por la amenidad.

Para término de este artículo, guardaba una noticia

recogida estos días, y en extremo satisfactoria, si se confirma, que bien quisiera yo que se confirmara. (1) Según ella, los obreros agremiados, también simpatizan con las iniciativas en pró de la plantación de árboles en nuestra privilegiada tierra, y han formulado el deseo de contribuir por su parte eficazmente á plantarlos. Los obreros se proponen, si el Ayuntamiento les ayuda, cómo es razonable, arbolar la carretera de Chil, preparándola para convertirla pronto en lo que debe de ser, en un hermoso paseo. Tal me aseguran. Yo lo creo, porque espero muchas cosas grandes y buenas de la actuación de nuestros trabajadores, cuya blusa, enaltecida por tantos triunfos conquistados en abierta lid, destella la luz de una esperanza.

XV

10 de Marzo de 1.902

Tiene razón mi buen amigo Febles Mora. De nada valdrá que plantemos árboles, si, apenas plantados, manos destructoras de bárbaros enemigos los maltratan y los arrancan. Debemos empezar por garantizar con medidas previsoras en tanto grado cómo enérgicas la permanencia de las plantaciones. Ya que la masa del pueblo no coadyuve á nuestra labor, por lo menos es necesario que no la haga imposible. Es necesario que la guerra al árbol concluya.

Esa guerra estúpida é irracional dirige contra la vegetación los furiosos inconscientes de la turba, enemistada con todo lo que para beneficiarla se dispone y emplea. Los árboles no la estorban; al contrario, la benefician grandemente, porque le prestan sombra, frescura, protección, salubridad, y, sin embargo, á dertruirlos tira en su inquina insensata. Procede respecto de ellos cómo si se tratara de agentes perturbadores y maléficos, cómo si le dañaran en vez de favorecerle.

El adelanto de la cultura pública va venciendo estas absurdas prevenciones en los países donde las clases popu-

(1) El proyecto de los obreros no pasó de tal proyecto.

lares aplican al conocimiento de las cosas su propia razón desarrollada; pero entre nosotros no ha sonado todavía la hora de que eso suceda. La autoridad ha de suplir con sus providencias atinadas, el vacío que la deficiencia de la educación abre y profundiza. Hay que lograr por modo autoritario lo que de voluntario modo no se concede. Hay que castigar para hacerse obedecer.

La multa, es oportuna y bien graduada sangría de bolsillo, produce, á los efectos que se indican, resultados maravillosos. Cada Alcalde debería ser un Broussais en lo de aplicarla cómo medicina administrativa. Pero no basta multar: es preciso también premiar, para que la justicia sea completa. Múltese á los Atilas de la vegetación, cómo los llamó el P. Cueto en su circular memorable sobre el asunto del arbolado. Recompénsese á los que prodiguen á los árboles sus desvelos y en protegerlos y lograrlos se esfuercen. Un sistema doble de multas y de premios refrenará á los malos instintos de los unos, al mismo tiempo que promoverá las buenas intenciones y las buenas obras de los otros. Es lo menos que el Ayuntamiento debe hacer para impulsar la importantísima obra emprendida.

Fuera de estos medios, cuya eficacia reputo indiscutible, prediquemos sin tregua el respeto al árbol, encazezcamos sus excelencias, demostremos la necesidad de consagrarle una solicitud siempre creciente. Así haremos la convicción, y de ella derivarán costumbres contrarias á las que hoy día, por desgracia, imperan.

Pongamos á los niños en contacto con los árboles para que les otorguen, luego que aprendan á conocerlos, su confianza, su amistad y su cariño. Y si la prensa no fuese suficiente, subámos á la tribuna popular á decir todo esto y mucho más todavía que en la limitación forzosa de la publicidad periodística no cabe.

XVI

17 de Marzo de 1.902

Es un hecho que los obreros agremiados tomarán parte en la Fiesta del Arbol, para lo cual se proponen so-

licitar la ayuda del Ayuntamiento. Ya está, según me informan, redactada la instancia que dirigen á aquella corporación. La iniciativa les honra y merece ser acogida con el mayor entusiasmo. (1)

Los obreros, trabajando por el bienestar del país, trabajan por su propio bienestar. A estos empeños son llamados de preferencia los que representan una gran fuerza vital y abarcan importantísimos elementos de acción. No solo se han organizado para luchar, se han organizado también para trabajar, y el trabajo que ahora intentan acometer es trabajo fructuoso del cual se beneficiará la colectividad grandemente. En el lema de la agrupación debe incluirse la palabra que yo escribo al frente de esta serie de artículos: *árboles, árboles.*

Árboles en la montaña y en la llanura, árboles en la ciudad y en los campos, árboles en todas partes; que ellos son auxiliares poderosos de la prosperidad y de la riqueza públicas. Sobre este punto no es menester insistir repitiendo razones ya expuestas mil veces. Lo que hay que hacer es aplaudir el buen propósito de la Agremiación obrera y procurar que se cumpla.

Me consta que reina entre sus miembros un espíritu digno de loa, favorable á la realización de cuántas obras patrióticas y humanitarias aquí se inicien. Esta lo es, como la que más pueda serlo. Nuestros trabajadores no podrían emplear sus brazos en labor más alta ni más meritoria. Buena ocasión me parece la que se presenta para que se luzcan y conquisten nuevos prestigios.

No les escatimemos, pues, nuestros aplausos ni nadie les niegue cooperación decidida. Las masas obreras cuando trabajan pacíficamente por su engrandecimiento y por el bien general están muy lejos de ser un peligro. Son muy al contrario, un elemento de progreso y

(1) Aunque estos artículos se refieren en parte á hechos pasados y á anuncios de hechos que no se cumplieron, los dejo íntegros, no los modifico, porque son la crónica completa de toda mi campaña periodística en pro de los árboles

de fortuna. Nuestro deber consiste en quitar los obstáculos que se opongan á su marcha.

Voy á permitirme aludir á la entusiasta y emprendedora sociedad *El Recreo*. Ella que tanto se ha distinguido por sus nobles audacias y por sus afortunadas iniciativas, ¿no querrá participar en la obra común, ya que las demás sociedades permanecen mudas é indiferentes? ¿No la estimulará el ejemplo de los obreros?

Si los obreros plantan árboles en el paseo de Chil, *El Recreo* pudiera para cumplir con sus honrosos antecedentes, plantarlos en lo alto de nuestros *riscos*. Un pequeño esfuerzo bastaría, y *El Recreo* tiene escrita en su programa la divisa de los bravos: *Adelante, siempre adelante.*

XVII

24 de Marzo de 1.902

Deseoso de reunir opiniones autorizadas é informes provechosos en la propaganda á favor de los árboles que en este *Diario* vengo sosteniendo, más de una vez los he pedido á personas ilustradas y competentísimas. Aquí ha visto la luz algunos de esos pareceres, los cuales sin excepción han sido favorables y estimuladores de la campaña emprendida. No podía ser de otra manera. Sobre tal asunto no hay diferencia de criterio, y lo que ve el vulgo ignorante, forzosamente han de verlo con mayor claridad los ilustrados, los facultativos, los técnicos.

Aquella especie de plebiscito á que me refería en los comienzos de mi tarea, ha dado un resultado completo. La aceptación que esta ha tenido prueba su natural excelencia, y el aplauso y el estímulo que se le ha dispensado patentizan su importancia, reconocida desde luego por el público. ¿No será esto compensación bastante á la poca ó ninguna ayuda de los que podríamos llamar elementos oficiales?

Nos alienta, sobre todo, el beneplácito de personali-

dades eminentes, cuyas dotes de patriotismo é inteligencia nadie podrá poner en duda. Ahí está, y en seguida hemos de publicarla, la opinión del Sr. D. Juan de León y Castillo, opinión en verdad luminosa, acerca de cuyos términos y alcance debemos meditar. Tiene el prestigio innegable de su procedencia, por la alta capacidad de quien la emite.

El Sr. León y Castillo ha cedido á mis ruegos amistosos, venciendo repugnancias que su modestia opone á la utilización de la vida periodística para comunicarse con el público. Entusiasta por el fomento del arbolado, fué uno de los primeros en tomar iniciativas prácticas con objeto de aumentar los árboles de sus fincas. Ha sido un introductor de hermosas especies. Ha realizado ensayos y experimentos interesantísimos. Es, en resumen, un convencido á quien no necesitamos predicar la buena doctrina sino, por el contrario, recogerla de su ciencia y de su experiencia, oírle é imitarle.

Así lo haremos, despues de darle las gracias. Le cederemos el sitio en estas columnas, y comenzaremos á publicar sus atinadas observaciones, las cuales llevan al convencimiento de que el eucaliptus en una de sus variedades, es el árbol insustituible en nuestra zona, el árbol precioso, conforme lo denomina el mismo Sr. León y Castillo.

XVIII

19 de Abril de 1902

¿Qué es la Fiesta del Arbol? Muchos se habrán hecho esta pregunta, sin dar con la contestación, por tratarse de algo enteramente nuevo, acerca de lo cual no tienen la menor noticia. Conviene por lo tanto, consignar algunos detalles informativos y esclarecedores para que el juicio público se ilustre sobre un asunto de tanta importancia como, en general, poco conocido.

La fiesta del Arbol tiende á satisfacer un fin de alta previsión y cultura. Reconocida por todas partes la con-



veniencia de fomentar la riqueza forestal fomentando al propio tiempo diversos ramos de la riqueza pública relacionados con ella, adoptóse la institución á que me refiero é introdújose la costumbre que le sirve de punto de apoyo. Fué el primer iniciador de tales prácticas un yanqui, Sttirling Morton, quien celebró la primera Fiesta del Arbol, en el territorio de Nevrasca, en los Estados Unidos. Desde entonces quedó declarada fiesta nacional en la Unión Americana, donde con gran pompa é inmejorables resultados, se celebra anualmente. El poeta Whiter compuso, para cantarlos en la ceremonia, himnos patrióticos que se han hecho populares en el país.

Tanta eficacia ha tenido el buen ejemplo, tantos imitadores ha encontrado, que desde 1872, fecha del primer *Arbor Day*, hasta la fecha, se han plantado en el Norte-América 327 millones de árboles. Los norte-americanos han convertido en regla de vida el proverbio árabe: «No ha cumplido su misión en la tierra el hombre que, al morir, no deja un hijo, escrito un libro y plantado un árbol.»

La hermosa festividad fué muy pronto adoptada por diferentes naciones europeas y americanas. Junto á los árboles recién plantados, las nuevas generaciones invocaban y saludaban el porvenir: el ejército escolar, bajo la dirección de los maestros, entonaba cantos de paz, mientras confiaba á la madre tierra los débiles arbolillos enterrados por sus propias manos. Sintióse en todas partes el movimiento de avance de las falanges infantiles, envueltas en la claridad de la aurora. Se vió establecerse entre los árboles nuevos y sus tiernos plantadores un estrecho paralelismo, un vínculo indisoluble. La debilidad protegía á la debilidad.

Tarde celebramos en España la Fiesta del Arbol, pero al fin la celebramos en 1898, por iniciativa del señor Balmás. En tal ocasión, decía un escritor distinguido: «La *Fiesta del Arbol* es una fiesta celebrada por los niños. Cada mano tierna siembra un tierno pimpollo. Son dos vidas que empiezan y se ayudan é interrogan en lo futuro. Burla burlando el niño, débil capullo que encierra un horrible misterio, pues no se sabe si de aquel corazo

cito que hoy aletea dentro del pecho con la timidez de un pájaro en la jaula, brotará un criminal ó un santo, se convierte merced al acto solemne de plantar un árbol, en algo que crea, en el padre de algo que vive, y fructifica y florece. Realiza una acción buena y hermosa, de la que otras acciones buenas y hermosas se sucederán, como tras de una nota primera del pentágrama se sigue una espléndida y maravillosa armonía.»

A esto se reduce todo: á hacer que los niños, los hombres de mañana, entrevean una parte de la misión que les corresponderá en suerte, trabajando por anticipado en favor de la naturaleza y de la patria. Sus manecitas deben ejercitarse en la dura faena de *plantar*. ¡Plantar! He ahí el gran programa de nuestra vida; de la vida de hombres y pueblos. Plantar siempre, ó sea trabajar, crear.

XIX

2 de Mayo de 1.902

Si admitimos que es necesario destruir para crear, admitamos igualmente que es indispensable seguir creando; consagrémonos á reparar los estragos de la barbárie que taló nuestros montes y convirtió nuestro Eden en un páramo. Tal significado tiene la fiesta celebrada ayer en la plaza de la Feria con extraordinaria concurrencia y animación.

Cada árbol que crece protegido por un niño, sugiere la idea de dos vegetaciones que mutuamente se robustecen, de dos existencias paralelas henchidas de promesas... Los jóvenes escolares concurren á nuestra primera Fiesta del Arbol, y no olvidarán aquel espectáculo hermoso, conmovedor, sugestivo. Sus maestros deben encargarse de explicarles lo que significa. Nosotros, los iniciadores del festival, nos encargaremos de recordarles lo que importa hacer para que no se malogre ni se pervierta la obra con tanto éxito principiada. La Fiesta del árbol, convertida en institución, se celebrará todos los años.

Una bellísima tarde primaveral, clara y tibia, favoreció el acto. Una inmensa multitud lo presencié, dando muestras del mayor interés. El Obispo de Canarias bendijo la plantación, á todos nos bendijo, y pronunció luego frases elocuentes en que se propuso demostrar la parte importante que ha tenido la Iglesia en el fomento del arbolado, como en la adopción y patrocinio de gran número de progresos é ideas salvadoras. La palabra del Prelado, sencilla y correcta, fué oída con recogimiento por el público. Nosotros la oíamos con gratitud, porque el P. Cueto, no satisfecho con prestarnos su ayuda y sus consejos en la fatigosa campaña emprendida, había querido honrar con su presencia venerable la primera *jornada*. La voz de aquel varón, llena de dulzura persuasiva, reemplazó bien al himno que se pensó componer para que lo canta en los niños de las escuelas, y que no se compuso por falta de tiempo.

Plantáronse en hoyos abiertos á ambos lados de la vasta plaza dos filas de palmas canarienses. Allá quedan, bajo la protección del pueblo, interesado en conservarlas. Pedimos para ellas, por lo menos, respeto. Deshonrarían nuestra cultura los que las mutilaran ó destruyeran. Son *palmas*, son *nuestros* árboles, los que han dado denominación á esta querida ciudad, los que adornan los paseos de Niza y llevan á todas partes el nombre de Canarias. (1)

Podemos repetir el apóstrofe sublime del dulce Trueba ante el árbol de Guernica: El que para hacerles daño las toque, ¡maldito sea!

XX

6 de Mayo de 1.902

Estoy intranquilo por la suerte de las palmeras que acabamos de plantar en la plaza de la Feria. ¡Pobres y

(1) De todo aquel entusiasmo que floreció un momento — lo repetiré, — nada queda ya; nada.

La Fiesta del Arbol no ha tenido continuación, y la antigua Plaza de la Feria es hoy un campo de ruínas.

queridos arbolillos! Necesitan protección y no la tendrán de parte del público. Los chicuelos vagabundos, que apedrean á los ingleses, se acercarán á ellos con malignas intenciones. El instinto destructor y el carácter vandálico de nuestra granujería callejera, se ejercitarán una vez más en contra de los nacientes árboles. Y tampoco faltarán bigardones, mozos de rompe y rasga, capaces de imitar y aun de sobrepasar á los chicos en sus proezas salvajes.

Lo hemos visto muy recienteamente con motivo de la fiesta de San Pedro Mártir. Las costumbres bárbaras de nuestro bajo pueblo no se modifican. Todo espectáculo en que el populacho interveiga, se desnaturaliza y se perverte. Cuando debe aplaudir, silba; cuando debe arrojar flores, arroja piedras. La cabra siempre tira al monte... Nuestros *golfos* tiran á destruir por el solo gusto de destruir, tienen algo de *roedores*. No habrá árboles si ellos se empeñan en que no los haya. No medrarán las palmeras de la plaza de la Feria, si ellos les declaran la guerra. Será necesario poner al lado de cada árbol, para que lo custodie, una pareja de la Guardia Civil.

Recomendamos la vigilancia, y pedimos severas medidas contra los *Atilas de la vegetación*, sean grandes ó chicos.

Respondan los padres por los hijos irresponsables. Castíguese en aquellos los desmanes que estos cometan: á la postre, sobre los padres recae la culpa de las demasías y tropellos que reconocen su origen en el abandono de los deberes de la paternidad.

Los piluelos de nuestras playas, de nuestras calles y de nuestros campos, parecen venidos directamente de las costas del Riff, para afrontar nuestra cultura y oponerle una resistencia invencible. Vedlos en faena. Forman kábilas, tribus, para las cuales no existe rey ni roque. Son los que en el fondo de su obscura conciencia, sin razonarlo, sin comprenderlo, sienten odio contra los hombres civilizados *porque no se les parecen*, y viendo en el inglés el prototipo de esta clase de hombres, ingleses nos llaman á todos y nos persiguen con sus importunidades y acaban por insultarnos. Son los que corren tras los co-

ches donde van ingleses auténticos, ladrándoles ¡un pene! ¡un pene! Son los que hollando la sagrada ley de la hospitalidad, molestan, escarnecen y hasta descalabran á nuestros huéspedes extranjeros. Son los que desvastan los paseos públicos, arrancan los árboles y tronchan las flores. Son los rateros que han inaugurado en Las Palmas el timo, el robo sin fractura y el escamoteo ingenioso. Son los enemigos del progreso y los aspirantes al presidio. Son, en suma, *los vándalos*.

Les estorba lo verde tanto como lo negro. Por eso temo que no dejarán en paz nuestros árboles. Prevengámonos y vigilemos. Aquí, como en China, va á ser necesario introducir la civilización á tiros.

XXI

2 de Junio de 1.952

Me voy á otra parte con la música; con la música de *los árboles*, que es una gran melopea. Aquí ya tenemos bastante por ahora, y renuncio á continuar entonando la cantata; luciré mi voz en los pueblos del interior de la isla, donde, si no aplauden, tampoco silbarán. Entre gente por lo común poco filarmónica, mis peroraciones gustarán más que gustarían los celebrados oratorios del abate Perossi.

Conque, enfundo los instrumentos y andando. Me llevo la orquesta. Para tocar y cantar esa admirable composición de interminables variaciones, no he menester asistencia ni socorro. Me la sé de memoria: dóila mil vueltas; la prolongo, la suspendo, la recojo y la continuo, según conviene á mis propósitos; la subo ó la bajo de tono, con arreglo á los gustos y alcances del público que la escucha. Pero no la termino definitivamente, no la *mato*: tendrá más duración que las representación del teatro chino. ¡Vénganme á mí con tetralogías!

La cuestión es distraerse un poco. Ese entretenimiento, no tan solo se recomienda por lo inofensivo, sino que puede resultar á la postre, á la larga, grandemente provechoso para el país. Plantar árboles debería ser el *sport* de los ricos, como es mi recreo, recreo de

pobres el empeño continuo de indicar las ventajas de la plantación. Así se distrae este pecador empedernido, y así ahuyenta sus murrias. No hago con ello mal á nadie: en cambio, acaso siembre algún bien de cultura y de caridad.

Carezco de condiciones apostólicas, pero me agrada el apostolado como distracción lícita y honesta, cuando ejerciéndolo se cumple á la vez con un deber y con un gusto. Aunque estoy ronco de gritar en el desierto, sigo gritando, á ver si pasa una caravana. Ya han pasado algunas, y me han oído y me han entendido.

Mi campaña en pró del arbolado conquistará el sufragio y el apoyo de las poblaciones y de los campos. A falta de elocuencia con que seducirlas, con que persuadirlas á la actividad inmediata, tiene el asunto en su fondo tal fuerza de convencer que basta exponerlo sinceramente para que los entendimientos menos perspicaces se venzan á la evidencia de la verdad. En marcha, pues, que la música aquí tan conocida gustará en Arúcas, donde dispongo de un público inmejorablemente preparado. Allí saben hartó lo que significa la palabra *árboles*. ¿Pues no han de saberlo? La función será corta pero satisfará, más que satisfarían los famosos oratorios del abate Perossi. Dejad pasar al hombre-orquesta con su *lata*.

XXII

7 de Julio de 1902.

Con este artículo el número de los que he dado al *Diario de Las Palmas* sobre el tema *árboles*, componen *veintidos*, según mi cuenta; pero acaso me quede corto y sean algunos más todavía. Supuesta la exactitud de la estimación hecha á bulto, resultará siempre que para alimentar mis plantíos imaginarios ha corrido un arroyo de tinta. ¿Será la tinta un buen abono artificial? La experiencia dice que sí; la experiencia dice que en muchos casos la pluma planta y la tinta fecundiza.

Sumados á mis escritos del *Diario* los que, relativos al mismo asunto, he publicado en diversos periódicos de la provincia, y aun de fuera de ella, podría doblarse la suma

apuntada más arriba. Doblada la suma, añadámosle una regular porción de palabras dichas en las varias conferencias que he pronunciado con igual fin: con el fin de hacer que la cuestión del arbolado se convierta en un problema general, en una preocupación popular.

Algo se ha hablado, algo se ha escrito. Y he tenido además valiosos auxiliares cuyo concurso profundamente agradezco. Dentro y fuera de Gran Canaria, *la orden del día* es, desde ahora un año, la frase por mí repetida: *plantad árboles*. Nosotros los propagandistas la defendemos escribiendo ó hablando; muchos la cumplen *plantando*.

Al decir que eran imaginarios mis plantíos, no expresé la verdad completamente. Tengo que reconocer la influencia de la predicación infatigable en esas primeras realizaciones, tras las cuales creo ver avanzar resueltas las multitudes plantadoras... La piqueta sustituirá al hacha, no para demoler, sino para entregarle á la tierra generosa la semilla ó el brote de donde surgirá el árbol.

La convicción se forma, y gana cada día más terreno. De la ciudad ha pasado á los campos, sin debilitarse ni empequeñecerse, antes bien acrecentándose, porque los campesinos *comprenden mejor*. Un claro instinto les indica que el árbol, donde no estorba al logro y medro de los cultivos, atrae un rocío de bendiciones. Y les basta saber esto. Su utilitarismo, esencialmente razonador, les dicta las reglas de conducta que se prometen seguir.

El éxito de la conferencia dada en Arúcas, ánimo á continuar isla adelante. En Guía y en Gáldar también desean oír hablar de arbolado, y me lo avisan. Iré. Yo no soy más que el pobre instrumento de una gran idea que por sí sola se levanta y vence, pero que necesita un mantenedor. Lo seré, hasta que el arroyuelo de tinta se trueque en río.

21 de Julio de 1902

Vuelvo satisfecho de mis excursiones á los pueblos del interior de la isla, donde canto la romanza del arbo-do, introduciendo en la letra numerosas variantes para *adaptarla*. En esto de alterar y modificar la forma del poema cantable que voy dando á conocer, imito ampliamente el procedimiento de algunos grandes tenores. Solo repito los *motivos*, como es usanza en las óperas modernas de trabajada y compleja factura; pero el fondo varía siempre porque es tan rico que no se agota. La canción del Arbol *fa da se*, mucho más que la canción *Al pié de un sauce*, entonada por Desdémona. El género está sobre la especie.

Desde Arúcas, á Guía. Guía es una población culta y laboriosa, digna de poseer la modesta preeminencia de que los habitantes de Las Palmas, los *metropolitanos*, la frecuenten y la conozcan.

Poca atención solemos prestar á los pueblos agrícolas que nos mandan fuertes corrientes de energía; poco estímulo solemos dar á esos centros productores que con su trabajo alimentan en gran modo el movimiento de exportación, mayor cada día en Gran Canaria. Guía, Gáldar, Arúcas, laboran mucho, laboran sin descanso, y ponen en la obra común de nuestro progreso esfuerzos incalculables. Allí la agricultura constituye el oficio y el afán de todos; allí crece la riqueza multiplicada por brazos vigorosos que no se cansan de sembrar y de recoger.

Sería interesantísimo el estudio de los recursos con que cuenta el Norte, estudio extendido luego á la totalidad de la isla para averiguar al cabo como se condensan en datos, en cifras, la producción y el comercio de Gran Canaria. Este estudio resultaría muy útil si sobre la base aritmética que nos proporcionara fundáramos la valoración completa y el registro de nuestros elementos progresivos y vitales. ¿Como se explica que hasta la

presente no lo haya emprendido nadie? Yo me propongo acometerlo.

Pero volvamos á los árboles otra vez. Guía ha acogido con entusiasmo mis predicaciones. Y el discurso que pronuncié el último domingo ante buena parte de su vecindario, me ha confirmado en la creencia de que no se malgastará la simiente de la propaganda llevada á los campos. Cae en el surco bien labrado, y prende. Esas poblaciones agrícolas, viviendo en contacto directo de la tierra, saben que esta necesita cuidados constantes, cuidados solícitos; saben igualmente que en la tierra después del hombre, lo más digno de consideración, respeto y cariño es el árbol.

No necesito esforzarme para convencerlas: están ya convencidas. Plantarán árboles, donde los árboles no estorben el medro de los pingües cultivos. Su consigna la expresan en este grito: ¡No toquéis el plátano!

Yo les he dicho: «Id á la montaña. La montaña es vuestra.»

XXIV

29 de Octubre de 1.902

Después de tanto tiempo de propaganda en favor del arbolado, después de tantos esfuerzos y predicaciones para inculcar la necesidad de plantar árboles y la conveniencia de respetarlos, ocurren hechos que nos descorazonan, y que nos obligan á creer en la ineficacia completa de nuestros trabajos.

Doce viejos árboles de la carretera del Centro han aparecido cortados al ras del suelo, sin que hasta ahora se conozca la mano criminal que consumó la hazaña, ni se haya podido aplicar, por tanto, la corrección severa que ese verdadero delito está pidiendo.

Esa mano que cortó los añosos troncos, debería ser cortada. Todas las manos que talan, incendian y destruyen el arbolado, son manos criminales. Ellas, implacables en su cruda guerra á la vegetación, han despojando las islas de la espléndidas galas que un tiempo las

adornaron. Ellas son colaboradoras en una obra de ruína y de miseria.

Alguien lo ha dicho, y yo lo creo: Matar un árbol es casi como matar un hombre. La justicia no debe guardar miramientos con los funestísimos taladores que á golpe de hacha nos van hiriendo, arruinando y empobreciendo á todos; porque el arbolado es el patrimonio común, la común riqueza cuya custodia no debemos abandonar.

Es necesario que se castigue delitos como el que acaba de denunciarse, para que un saludable rigor y un conveniente respeto á la ley eviten su repetición. Es necesario que se averigüe quién ó quienes han echado á tierra los hermosos árboles que daban sombra y hermosura á la carretera del Centro en las cercanías de San Mateo.

De seguro pertenecen los tales á las legiones de roedores humanos que han minado por sus cimientos el templo de las mil columnas, la sagrada selva, dejando nuestra isla expuesta á todos los rigores y á todas las inclemencias.

XXV

11 de Noviembre del 902.

Mis predicaciones y mis defensas en favor del arbolado hánme valido el reconocimiento de cierta autoridad, ya que no competencia, dentro de ese ramo de la riqueza pública. Soy yo tan solo un predicador teórico; pero algunos me honran trayéndome consultas y aun nombrándome juez-árbitro para resolver las cuestiones é incidentes de ese carácter que suelen producirse.

Lo agradezco. Si tuviera los medios de plantar, plantaría; si tuviera la facultad de castigar, castigaría á los que atentan contra los árboles, así como premiaría á los que les dispensaran cuidados protectores.

Ni lo uno ni lo otro está en mis manos. Unas veces abogado defensor, otras veces fiscal voluntario, no tengo en frente un Tribunal á quien dirigirme. ¿La opinión

pública? Poca fé podemos guardarle los que estamos cansados de pedirle justicia sin obtenerla.

Sea como fuere, es indudable que la ha movido un caso reciente de enemistad bárbara y de acometividad furiosa contra el arbolado. Ese caso es uno más de una tristísima serie; pero original, escandaloso, inícuo. No han figurado en él cómo instrumentos la tea que incendia ni el hacha que derrumba, sino la barrena que mina lentamente con labor traidora. Los doce eucaliptus de la carretera del Centro, así atacados y heridos, permanecen en pie incólumes y, al parecer, impasibles. Golpes rastreros, descargados con cobardía, apenas pudieron estremecerlos un instante. El verdor de su ramaje no ha palidecido. De sus hojas pomposas siguen desprendiéndose aromas balsámicos y armonías.

Acabo de verlos. Don Joaquín Apolinario, acusado como autor de aquel desmán, invitóme á contemplar por mis ojos la obra criminal, la obra destructora. No me era lícito dejar de aceptar la invitación. Acepté. Fui en compañía del Sr. Apolinario, el cual protesta, enérgicamente de su inocencia y atribuye á mala voluntad de algún enemigo suyo, el hecho denunciado, lo mismo que la acusación que se le ha dirigido.

—Convenga Vd.,—me dijo, ya en presencia de los árboles barrenados — que el que hizo esto, tuvo intención de causar un daño, pero se quedó en la intención. En último término, solo á mi persona lo ha causado. Y no hay tal procesamiento contra mí; por lo menos, el juez no me he llamado á declarar, acaso porque no ha encontrado motivo bastante.

El Sr. Apolinario insiste en sus descargos con gran viveza. Los árboles lesionados tienen junto al suelo un pequeño orificio, semejante á una llaga purulenta, más ó menos ensanchada, pero insuficiente, creo yo, á ocasionarles la muerte. Los bordes de aquellas como heridas se ven recubiertos de placas oscuras. La sustancia corrosiva empleada para matar los eucaliptus, penetró muy poco en los troncos robustos. Aun los ejemplares más jóvenes, conservan la salud á pesar de las bárbaras sangrías ó incisiones.

Es un *arbolicidio* frustrado. Pero debe ejercerse continua vigilancia para impedir que el hecho se repita y que el barrenador acabe la tarea de la tala. Prefiero el asesino que mata de un golpe al envenenador que asesina con lentitud y con infame calma. Prefiero el talador del monte al barrenador que envenena los arboles, ó que trata de envenenarlos.

Urge vigilar, perseguir, descubrir, castigar... Por lo que hace al Sr. Apolinario, no solamente rechaza el cargo de enemigo de la vegetación sino que se me presenta bajo el aspecto opuesto, como decidido y entusiasta protector del arbolado. Y para convencerme, me ha hecho ver las tierras donde ha empezado á plantar frutales y donde, según dice, propónese formar magníficas huertas.

XXVI

6 de Diciembre de 1902.

Tomo nota del pequeño artículo publicado últimamente por *Unión Liberal* á propósito de los arboles *inoculados*.

Todo lo que el distinguido colega dice está muy bien dicho; pero, carece de razón en cuanto se me refiere. Yo no me he propuesto defender al Sr. Apolinario; me he concretado á oír su propia defensa. Esto no podía, no debía rehusárselo, ya que él quizo hacer á mi persona depositaria é intérprete de sus descargos.

Le oí, publiqué lo que me manifestó, fuí con él á ver por mis propios ojos el daño causado en los eucaliptus de la carretera del Centro por la mano criminal que les dió barrenador y les introdujo una sustancia corrosiva en el tronco.

Ahí acababa mi misión: ahí, en efecto, la terminé. Para darla por concluida me faltaba hacer público el resultado de mi visita é inspección ocular. Los arboles, al parecer, (nótese que yo no afirmo nada), se encuentran saludables, sin señal alguna de desmejoramiento ó ruina. Podrán caer marchitos, aniquilados de resulta

de las heridas que se les infiriera, pero cuando yo los ví, fuertes se me ofrecieron y lozanos.

Sea quien sea el autor del estropicio, pido que se le castigue. Los jueces deben tener la mano dura para los bárbaros enemigos del arbolado, que, por ser tales, son también enemigos de la patria. La prensa debe denunciarlos y perseguirlos. Y todos debemos execrarlos, considerándolos verdaderos delincuentes.

Reconozca, pues, *Unión Libertat*, para ser justa, que mi proceder en este asunto es razonable é imparcialísimo.

Desde Santa Brígida me envían un mamotreto dándome á conocer un hecho vándálico que estaba oculto, y que los incógnitos comunicantes traen á mi conocimiento para que yo lo trasmita al público.

Los hechos están narrados en forma enrevesada y pintoresca; pero son de por sí harto elocuentes y escandalosos. Asegúraseme que han sido talados varios copudos cipreses del cementerio de Santa Brígida, porque estorbaban á un propietario colindante que á golpes de hacha los ha despojado de su ramaje, dejándolos á punto de perecer. Dánme también el nombre del autor de esta proeza, un señor Benitez.

Como la denuncia viene en forma, me limito á recogerla: No afirmo ni niego. Comprobaré, cuando pueda, lo que en ella haya de cierto y, mientras tanto, la autoridad sabrá lo que corresponde hacer.

Asimismo utilizaré todas las denuncias que recibiere sobre daños é injurias hechas á los arboles. Y en compensación, también daré publicidad á los proyectos y actos que en bien del arbolado redunden.

Desgraciadamente, estoy seguro de que aquéllos serán siempre más numerosos que estos. Por cada árbol que se planta, muchos, heridos, *asesinados*, caen en tierra. Y esos delitos quedan impunes.

XXVII

31 de Diciembre de 1.902

La cuestión *árboles* no interesa solamente á nosotros los canarios, habitantes de una tierra cuya vitalidad decrece por la escasez del arbolado. Es un asunto de inmenso interés que atrae la atención del mundo entero.

Con frecuencia se llevan á cabo en diferentes países grandes plantaciones solemnizadas con conmovedoras fiestas cívicas.

La juventud escolar les presta su concurso; los gobernantes y aun los jefes de Estado les brindan su apoyo y les comunican el realce de la pompa oficial. Cada uno de esos actos reviste la grandeza propia de las empresas colectivas en que el rey ó del presidente abajo ninguno deja de intervenir, con la acción ó con las simpatías. Los árboles que se plantan tienen por custodios á los mismos ciudadanos, suficientemente cultos para comprender cuanto les importa conservarlos y protegerlos.

¿Sabeis cual es la enorme cifra de los plantados en Norte América durante los últimos años? Cuatrocientos trece millones, según reza una estadística que no ha sido precisamente confeccionada hoy mismo, sino que se publicó hace tiempo. De entonces acá, ese número habrá crecido considerablemente, porque el ardor *arbo-ista* no disminuye. En Francia el gobierno ha ordenado aumentar la plantación de árboles frutales á lo largo de las carreteras, con el doble objeto de adorno y de beneficio para los necesitados que pueden coger y consumir libremente la fruta.

En este movimiento, las Repúblicas latino-americanas no han querido quedar rezagadas. También allá, se plantan numerosos árboles por iniciativa de los particulares y de las personas constituídas en autoridad. En la República Argentina se efectuó hace pocas meses una gran fiesta patriótica para hacer plantaciones importantísimas en distintos puntos del territorio. Fué en Buenos

Aires una verdadera solemnidad el espectáculo organizado con tal fin, según se deduce de una amena y detallada crónica del suceso que me han enviado con expresiva dedicatoria.

En Italia, en las cercanías de Roma, se verificó otro festejo análogo no hace mucho tiempo, y la familia Real se dignó autorizarlo con su protección y con su presencia. Antes había celebrado Madrid en medio de un desusado esplendor, su fiesta del Arbol.

Aquí, después de tanto escribir y de tanto hablar acerca del grave problema, ¿que hemos hecho? Casi nada. Nuestra fiesta del Arbol no se repetirá probablemente. Ahí está la plaza de la Feria, abandonada á pesar de los buenos deseos de la *Asociación de la Prensa*. Y los bárbaros enemigos del arbolado prosiguiendo su obra destructora, sin que nadie les vaya á la mano.

En vista de esta indiferencia absurda y de esta resistencia punible, ganas me dan de romper la pluma contra el tronco del primer árbol enteco que tope por esas carreteras. Pero no la romperé. Yo soy así; me gusta probarme á mí mismo, probando á los demás.

Por eso seguiré en mi campaña, Dios sabe hasta cuando...

De la reciente circular sobre arbolado no quiero ocuparme, porque, hartó lo sé, ni las circulares ni los decretos tienen en España fuerza de corregir ó de educar. Nada adelantaremos mientras la vara de la justicia no se convierta en garrote y caiga sobre las espaldas pecadoras.

XXVIII

21 de Octubre de 1.905

También en Francia es objeto de generales preocupaciones la cuestión del arbolado, á pesar de que en aquel cultísimo país obtiene el árbol, por regla general, respeto, cariño y protección de parte de todos. Lo prueban las medidas protectoras oficiales que muchas veces

se han dictado en favor del fomento forestal y el creciente desarrollo de los bosques y los montes. Las comunas p'antan en sus términos árboles frutales con el concurso particular, siguiendo el ejemplo del Estado que los planta en las carreteras para embellecer el paisaje y para ofrecer á los pobres el beneficio de la fruta.

Pero, no obstante estas atinadas disposiciones, en algunas comarcas la despoblación arbórea ha comenzado á señalarse y acentuarse como una calamidad pública. Así la ha considerado el gobierno francés, que se ha creído en el deber de reunir en Burdeos un congreso para estudiar las causas del hecho ruinoso y buscar ó proponer remedios.

La asamblea convocada en dicha ciudad ha cumplido ampliamente el programa que previamente se trazó. No ha perdido el tiempo, cual perderlo suelen en nuestra desgobernada España los ciudadanos que se reúnen á deliberar sobre temas de utilidad común. Compuesta de técnicos, de profesionales, de ingenieros y de funcionarios administrativos presididos por el geógrafo Schrader, la asamblea de Burdeos se ha ocupado en muy interesantes asuntos. Ha sentado como principios inspiradores de su labor estas dos conclusiones: El árbol es un factor económico necesario en la vida de un país; el propietario *no debe tener el derecho de explotar su propiedad cuando la explotación redunde en daño del mayor número*. Aspira, en fin, á que la administración francesa, aceptando dichas conclusiones como compendio de doctrina en lo que al arbolado se refiere, las traduzca en una gestión positivamente fecunda y favorecedora del incremento de la riqueza forestal.

El congreso de Burdeos tendrá entre otras consecuencias provechosas, la de despertar en Francia una saludable alarma revelando que también allí la vida de los árboles, fuente de prosperidad nacional, necesita ser protegida contra los riesgos con que la amenazan la barbarie y la codicia.

En la primera sesión, leyóse una carta de nuestro

ilustre amigo y antiguo huésped el gran músico Saint-Saëns, digna de ser conocida. La traduciré fielmente: «No es inútil —dice el insigne compositor,— que el Congreso sepa lo que en este momento pasa en Córcega, país por mí visitado hace poco tiempo.

Una gran parte de las montañas de la isla se halla cubierta de magníficos castaños, que, aparte sus cualidades forestales, contribuyen largamente con sus frutos á la alimentación de los habitantes. Además se han creado numerosas fábricas para la elaboración del tanino, y los castañeros suministran la primera materia de esta industria.

La destrucción de esos árboles espléndidos es terrible y desastrosa; si no se acude á contenerla, pronto el mal ya no tendrá remedio. ¿Es tolerable que, por permitir que ciertos industriales se enriquezcan, hayamos de ver con indiferencia la devastación y la ruina de las más bellas plantaciones de nuestro hermoso país de Francia?»

XXIX

17 de Enero de 1906

Varios son los hechos y circunstancias que han vuelto á dar actualidad al viejo tema del *arbolado*, objeto para nosotros de una solicitud constante. En estas columnas lo tratamos un tiempo con insistencia, con permanencia, hasta que la probada ineficacia de nuestros esfuerzos rindió nuestros entusiasmos, no nuestras convicciones. Estas son hoy más vigorosas que nunca lo fueron, y cada vez que encontramos ocasión de manifestarlas, la aprovechamos. No somos nosotros, por cierto, los que hemos abandonado el tema; es el público quién lo ha condenado al olvido. Todo se olvida aquí, todo se desdenna, menos la política de bajo vuelo y mal cuño que nos lleva á la perdición. Ella ha inficionado la atmósfera en que respiramos penosamente; ella ha hecho que el patriotismo no se ofrezca ya entre

nosotros sino en unos pocos casos aislados, casos rarísimos de *inadaptación* chocante y casi risible. Hablar de *árboles*, ¿para qué? ¿donde está el beneficio? ¿donde está el tanto por ciento?...

Pero el asunto se renueva cuando más olvidado se le tiene, surgiendo en recordatorios, en advertencias, en incidencias diarias. Hoy el anuncio de una nueva *tala* escandalosa, mañana el llamamiento desesperado de un patriota que se asusta y desconsuela ante la devastación continua de los montes canarios; ello es que, á despecho de la general indiferencia, en los árboles hemos de pensar y á los árboles hemos de volver, sin olvidarlos nunca completamente. Las cosas que interesan á la prosperidad común, al bien de la patria, se nos imponen por modo forzoso é involuntario.

La prensa ha hablado de talas despiadadas y horrosas en nuestros pinares, de saqueos y exterminios implacables en la escasa vegetación arbórea que nos queda, último resíduo de aquella soberbia riqueza natural de los primeros tiempos. El Sr. Poggio, en su reciente discurso, pronunciado en el Senado para abogar por los intereses de Canarias y para pedir que el gobierno los proteja y garantice, ha llamado la atención sobre la necesidad urgente de que nuestros montes sean repoblados, fomentados, atendidos, uniéndose en ese empeño la acción oficial y la vigilancia facultativa.

La Diputación de Navarra nos brinda un ejemplo que deberíamos aprovechar é imitar enseguida, procediendo á repartir gran cantidad de árboles y plantas entre los pueblos de aquella provincia para plantarlos en breve plazo.

En Francia, el movimiento de opinión producido á favor del desarrollo de los montes y bosques, es en la actualidad muy importante, ha llegado á constituir uno de los capítulos principales del programa administrativo en todos los departamentos.

Y, *sin ir más lejos*, como diría el sujeto de un cuento hartamente conocido, ahí tenemos á dos pasos el Ayuntamiento de Santa Cruz que se propone cubrir de vegeta-

ción las montañas de Anaga, para lo cual ha votado una suma de relativa importancia. Ese proyecto patriótico, en vías de ser un hecho, me proporcionará materia para otro artículo.

El viejo tema vuelve á solicitarnos. Con nuestro firme convencimiento de siempre, volvemos nosotros á prestarle atención. Lamentaremos que los demás no se la presten; pero hemos de seguir adelante por el sendero que abrimos y que hemos recorrido sin perder nunca la fe.

La prensa ha hablado de talas desahucadas y horrores en nuestros pinares, de saques y extirpaciones implacables en la escasa vegetación arborea que nos queda, último residuo de aquella soberbia riqueza natural de los primeros tiempos. El Sr. Foggia, en su reciente discurso, pronunciado en el Senado para abogar por los intereses de Canarias y para pedir que el gobierno los proteja y garantice, ha llamado la atención sobre la necesidad urgente de que nuestros montes sean repoblados, en medida a atenderlos, uniéndose en ese empeño la acción oficial y la vigilancia facultativa.

La Diputación de Navarra nos brinda un ejemplo que deberíamos aprovechar e imitar enseguida, procediendo á repartir gran cantidad de árboles y plantas entre los pueblos de aquella provincia para plantarlos en breve plazo.

En Francia, el movimiento de opinión producido á favor del desarrollo de los montes y bosques, es en la actualidad muy importante, ha llegado á constituir uno de los capítulos principales del programa administrativo en todos los departamentos.

Y, sin ir más lejos, como diría el sujeto de un cuento muy conocido, ahí tenemos á dos pasos el Ayuntamiento de Santa Cruz que se propone cubrir de vegetación

**LA CAMPAÑA DEL ARBOLADO
EN LA PRENSA ISLEÑA**



Arboles, siempre árboles

XXX

9 de Febrero de 1.903

Sr. Director de *El Independiente*.

Mi querido amigo y compañero: Vuelvo á mi tema, quizás á mi manía, pero vuelvo con merma de alientos ante los escasos resultados positivos que la campaña de los árboles va dando.

Tantos meses de predicación en la tribuna y en la prensa no han detenido el destrozo y saqueo de nuestros montes, donde los últimos restos de una enorme riqueza desaparecen, abatidos y robados...

Los que nos roban allá en las cimas, gozan mayor impunidad que los que nos roban aquí en el llano; y, en resúmen, la cadena de fraudes cada vez aprieta más á nuestro desdichadísimo país con riesgo notorio de matarlo por asfixia.

El verde soberano de las cumbres se marcha tras del hacha taladora... La savia de centenares de primaveras se disipa, la robustez de troncos cuya edad está escrita en arrugas y grietas venerables, ríndese al feroz asalto. Los roedores de la vegetación se comen vorazmente el bosque que nos queda. Si el estrago no se contiene, dentro de pocos años sólo tendremos como pos-trer despojo del festín una cuantas cortezas deshechas y

esparcidas. ¡Qué huracán de barbarie ruge en las alturas!

Allá están el incendio, la tala y el hurto, ¡abominable trinidad! Entre llamas y hachazos, los enemigos del arbolado que son nuestros propios enemigos, van á hacer la liquidación de nuestro gran tesoro patrimonial, tesoro heredado y dilapidado por una serie de generaciones imprevisoras y culpables. Yo percibo los siniestros resplandores, siento los golpes despiadados, que me quitan el sueño. Cuántos tengan bien despiertos los sentidos del patriotismo, cuya fineza excede en mucho á la de los sentidos naturales, percibirán y sentirán lo mismo que yo.

Ayer ardieron los montes de la Palma; hoy nuestros montes de Tejeda se estremecen y arrojan de sí como cuerpos muertos los troncos seculares, arrebatados por la codicia anónima... He de repetirlo: el presidio llama á esos defraudadores del bien público, pero complicidades poderosas les amparan. Ellos saben que no están solos, que á sus espaldas colaboradores ocultos y bien guardados, les preparan la huida. Pasan rozando la ley y llegan felizmente al término de su negocio.

Su negocio es nuestra perdición y, sin embargo, lo toleramos. ¿Qué hace la prensa que no grita, que no demanda el castigo de los desvergonzados delincuentes? ¿La conciencia de la solidaridad en el deber no le dicta en este caso una regla de conducta?

Si hubiera secundado enérgica y constantemente los esfuerzos de unos pocos, entre los cuales me cuento, dirigidos á restaurar lo que podría llamarse religión del árbol, algo habríamos conseguido. La prensa ha demostrado en este asunto transcendental para Canarias mucha tibieza. Ha aplaudido las buenas propagandas; pero no ha entrado en ellas con calor, con tenacidad y con fé. Aunque se han consumado daños irreparables, todavía hay mucho que salvar, y debemos proceder á salvarlo sin pérdida de tiempo.

Una campaña periodística unánime, valiente, contra los enemigos del arbolado, altos ó bajos, ricos ó pobres, señalando faltas, revelando nombres, pidiendo pe-

nas, se ha hecho indispensable. Poco significa que se planten millares de árboles para beneficiamiento de tiempos remotos, si son descuajados y destruídos los que nos legaran los siglos pasados. Acordémonos de nuestros biznietos, pero acordémonos también de nuestros tatarabuelos. Formemos una heredad para nuestra descendencia, pero aseguremos y conservemos el usufructo de la que nos dejó nuestra ascendencia. Impidamos la consumación del despojo. ¡Nuestros montes se desnudan, se infecundizan, se hundén, se queman, se acaban! Anímese V., amigo Director, á dar el ejemplo.

FRANCISCO GOZÁLEZ DÍAZ.

¿Creeré?... (1)

XXXI

Tenerife ha entrado por fin animosamente en la cruzada del Arbol. Hay ahí creyentes y caballeros del gran dogma que se aperciben á exaltarlo, infundirlo, solemnizarlo y encarnarlo. ¿Cómo? Del único modo poderoso á hacerle rendir en la realidad frutos de bendición, frutos de abundancia.

Algo espero de esos practicantes: nada espero ya de estos plantónicos, de estos indiferentes. Aquí el esfuerzo mío, fortalecido por dos ó tres sectarios de la noble idea, está próximo á agotarse. Cual tantas otras veces y para tantos otros empeños patrióticos, la acción individual, abandonada en el aislamiento, fracasa. Y al fracasar repetidamente, se va llevando en cada caso de derrota, ó de impotencia, los restos de la fé que aun manteníamos.

No es posible conservarla en frente de esta sociedad empequeñecida, minada y devorada por los gusanos de la baja política. Fuera de semejante manifestación de vida enferma, aquí no se producen palpitaciones gene-

(1) Publicado en *El Diario de Tenerife*.

rosas en favor de ninguna causa levantada, de ningún propósito regenerador, humanitario ó justiciero.

Bien se ha visto en el asunto del arbolado. Aunque tiene una faz de utilidad evidentísima, nuestros financieros, nuestros comerciantes, nuestros cotizadores, no la han percibido. Perciben solamente la faz bella, y ésta no les importa, quizás les embaraza.

¿Qué significa la belleza para tales hombres, desnaturalizados por el mercantilismo? Cómo no sea inmediatamente convertible á oro, la menosprecian. Ellos fundarían las estatuas antiguas para hacer dinero y sacarían en almoneda el museo Vaticano.

Miradles cual se afanan en contar por los dedos. Es que llevan en el extremo de las diestras manos toda su ciencia. Uno, dos, tres, cuatro..... la aritmética elemental aplicable al cultivo de las bananas y de los tomates, les basta para su salvación, para su regodeo y para su ventura. El libro de caja es su Biblia. Su perfume predilecto el de los abonos químicos.

—Pero el árbol también da riqueza,—les diréis.

Cierto, os responde án,—no lo dudamos nosotros; más ¿cuánto tiempo tardan los árboles en crecer, fructificar y rendir provecho, si es que se logran?

No os empeñéis en hacerles comprender que deben trabajar para el porvenir, para la patria; que deben mirar lejos, por encima de las limitaciones, tristezas y angustias del presente.

Sería inútil. Os replicarán: «el que viene detrás que arrée.» Y si insistís en celebrarles las ventajas de la difusión del arbolado, os taparán la boca exclamando, como el personaje de la fábula: «en los años de plazo que tenemos, el rey el asno, ó yo no moriremos?»

¿Qué hacer con estos filósofos de perra chica?

Por ellos, por que su tosca y ciega filosofía se halla entronizada en Gran Canaria, se han perdido los esfuerzos de los apóstoles del Arbol.

En vez de plantarlos, los arrancan, los hacen leña y se los comen de manera indirecta, puesto que los utilizan para cocer el puchero. La cuestión es que sirvan para

algo. Plantados no sirven, si no producen ganancia cierta é inmediata.

¡Hubiera sido tan fácil fundar una Sociedad Protectora, dejar instituída, como costumbre permanente, la Fiesta del Arbol! Sin embargo, en toda la isla han faltado los hombres de buena voluntad indispensables al acometimiento de la obra.

Me felicitaré de que en Tenerife sobren; pero, aunque deseo ver las cosas con optimismo candoroso, dudo y desconfío... Al fin, somos la misma raza, desidiosa, excéptica, tan pronta en el concebir como tarda en el obrar.....

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.

No creo

XXXII

CARTA ABIERTA Á GONZÁLEZ DÍAZ

Distinguidísimo escritor, y amigo y señor mío: Bien quisiera que pluma mejor hecha (pues ya no se cortan) que la mía, hubiese contestado su discreto artículo, últimamente publicado en el *Diario de Tenerife*, y en el que ingenuamente se pregunta ¿CREERÉ?

Yo no creo, yo no puedo creer, y como estas son palabras, que aún tratándose de profanos asuntos, no deben pronunciarse en Semana Santa, por si algún suspicaz se escandaliza, espero á que la semana pasé para publicar estas líneas.

Tiene mucha gracia que V. suponga á los tinerfeños, esos buenos deseos, desinteresados propósitos y fecundas iniciativas, que en esa su tierra echa de menos; cuando precisamente aquí nos lamentamos de no tenerlas, y hasta se las envidiamos á Vds., que nos figuramos que las tienen.

¿Las encontró V. en alguna de sus excursiones á Tenerife?

¡Encontrar es!

Yo, sin embargo, me explico el fenómeno.

Aquí, en efecto, todos tenemos algo de esas cívicas virtudes, si se nos considera *individualmente*, que es como V. habrá podido apreciarnos; pero, en cuanto nos reunimos más de tres, esa suma de iniciativas ya no es *suma* sino *resta*, por que se iomiscuan ideas de mercantilismo é intereses políticos, que hacen heterogéneos los *sumandos* é imposible la *suma*.

Me va V. á decir, seguramente, que esto de sacar á colación la política es ya cosa vu'gar... ¡Sí!... pero tan verdad, que yo quiero insistir algo sobre ella.

Dicen que la Historia es maestra de la vida. No lo niego; pero lo dudo. Por lo menos es una pobre maestra, que ha sacado muy pocos y muy mal aprovechados discípulos.

Y que nadie escarmienta en cabeza ajena, ni se transf *rma* por el ejemplo; y si en cabeza propia hay alguno que temporalmente escarmienta, no llega de seguro á la emienda de nunca más pecar.

La historia de todos los pueblos antiguos y modernos, caldeos, asirios, macedonios, griegos, romanos, árabes y cristianos, que yo apenas si conozco de oídas, y V. ciertamente muy á fondo, enseña que la decadencia y la ruina de todos ellos se ha iniciado siempre con las luchas y disturbios de reyes, pretendientes, caudillos, jefes de partidos; y bien podrá V. ver de cuan poco nos há servido esta enseñanza, puesto que, si no de reyes ni caudillos, que aquí no tenemos, gordas son y muy profundas las diferencias que separan á los prohombres de los partidos..... que padecemos.

Yo creía que la política era una institución al servicio del país; pero me resulta la recíproca: que el país está al servicio de la política..... ó de los políticos, que para el caso es lo mismo.

De aquí que todo proyecto necesite para realizarse que un sólo individuo lo idee y pueda llevarlo á práctica, pues en cuanto tenga que apelar al concurso de todos, vienen las causas dichas, y dan inmediatamente con él al traste.

En ese á que V. ha dedicado sus actividades, temo le

ocurra lo que á mi excelente y malogrado amigo, Eduardo Rodríguez Núñez, cuya pérdida prematura fué una sensible desgracia para Santa Cruz.

Su desinteresado patriotismo y sus excepcionales conocimientos en Botánica, le indujeron hacer una activa campaña no sólo en favor del arbolado de plazas y jardines, sino también de la población de esas hoy áridas montañas que nos rodean, y que arboladas serían el mayor beneficio que pudieran alcanzar el clima y la agricultura de esta región.

Sus afanes fueron tan estériles como grande su perseverancia y buenos sus deseos; y yo mismo, que con sincero afecto le dedico este recuerdo, no he dejado de hacer, en más modesta esfera, toda la propaganda que he podido, y á ello también se dirige este escrito, aunque ya no abrigue tantas ilusiones de obtener un resultado práctico.

Otro amigo mío, Arturo Ballester, trabaja actualmente por hacer en las próximas *proble máticas* fiestas de Mayo, *la del árbol*, que despierte en la infancia la afición en el sentido que defendemos; pero sospecho que sus excelentes propósitos, se estrellen en esos obstáculos que V. tan elocuentemente señala en su artículo «¿Creeré?»

¡Oh! Yo quisiera creer!.... Creamos, por si acaso estas afirmaciones mías son demasiado pesimistas; y sobre todo, para que V., esforzado adalid de tan buena causa, no pierda los bizarros ánimos que siempre le desea su lector y amigo

Q. S. M. B.

DIEGO GUIGOU.

¿Sienten los árboles? (1)

XXXIII

¿Será ó no cierto que los árboles sienten y sufren, que hay en estos un principio obscuro de personalidad? Por lo menos la imaginación se la atribuye, esa imaginación, eterna creadora, que en los tiempos primitivos urdió los mitos pintorescos y caprichosos, y que en nuestra época, como antes, como siempre, fabrica visiones sobre los hechos reales, engendra ideas sobre las formas sensibles..... Sustituta y complementaria de la realidad, la fantasía prosigue su trabajo de todas las edades concediendo voz á las cosas inanimadas, sensibilidad y volición á las cosas inertes.

En este sentido, los salvajes, constructores de ídolos, adoradores de fetiches, tienden un cable imaginativo hasta la zona tenebrosa de la ante historia. Reproducen en barro grosero, sin prevenciones estéticas ni vislumbres artísticos, la luminosa mitología griega. Mas lejos aún, en el mundo de Homero, en las viejas teogonias asiáticas, están los precedentes de los feos idolillos polinésicos.....

Astarté y Baal, ¿no reaparecen bajo mil apariencias distintas en nuestro propio mundo civilizado?

Nihil novum.....

Pero tornemos á los árboles y á la fantasía, que puede todo lo que quiere.

*
* *

Los árboles para mí, soñador sempiterno, viven.....

Este artículo fué publicado por primera vez en *El Diario de Las Palmas*, y reproducido por muchos periódicos de la provincia.

Me lo inspiró un suceso desgraciado ocurrido en la carretera de Tejina, donde, al intentar derribar un añoso eucalipto, cayó éste sobre un infeliz campesino que á la sazón pasaba por allí, y le dió muerte.

(Nota del auto)

Viven y padecen. La vegetación es el primer grado de la vida orgánica. Dentro de lo confuso de este concepto, cabe desplegar el irisado abanico de la imaginación que se abre y se desenrolla. La savia es sangre; las ramas son brazos multiformes, infinitos, entrecruzados; las grietas de la corteza, arrugas ahondadas por los años; los frutos, cosecha genésica; los zumos, la resina, la goma, condensación de lágrimas..... ¡Todo un misterioso vivir que remeda al nuestro!

¿Porqué no han de llorar y plañirse también los árboles? Cuando el invierno los desnuda envejeciéndolos, el frío los estremece; cuando la primavera los viste remozándolos, el júbilo los transporta. Cuando el salvajismo criminal del hombre los hiere y los derriba, se quejan.

Y hacen más todavía. Quieren morir matando, cual si fueran hasta en eso humanos, hasta en la capacidad del valor.

Pero les falta el sentido de *la vista*, y suele suceder que no matan á sus enemigos, sino á pobres inocentes é indiferentes..... El caso de la carretera de Tejina prueba que los árboles *no ven bien*.....

Si vieran, si además pudieran moverse y cobrar venganza, sería tan difícil tomar un bosque como una plaza fuertemente guarnecida y con bravura defendida.

Es lo único que les falta. Por que yo aseguro que oigo sus ayes cuando los hieren y sus gritos de agonía cuando los tumban.

Y oigo asimismo la rabia y el desprecio con que claman:—*¡Bárbaros!*

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.

Opiniones autorizadas

Don Andrés Navarro Torrens



Arboles

XXXIV

SR. DON FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.

Si de antiguo, querido Paco, ó por otros títulos, no arrancase mi afecto para contigo, bastaría á crearlo la simpatía que, como escritor, me inspiras.

Hasta en la realización de aquellos proyectos de interés público, provistos de una bondad intrínseca, que pudiéramos llamar axiomática, suele venir el fracaso desde el momento que son llevados á la discusión pública.

El mal éxito no estriba en la entidad de la causa, objeto del debate, sino en la *calidad* de los paladines que le hayan tocado en suerte; de estos, más de uno, acuden al palenque como ocasión oportuna para dar rienda suelta á bastardas pasiones, velando, cuidadosamente, sus especulativas miras con el manto de la honradez y de la buena fé.

No faltan lectores para quienes todo lo que está bien escrito (sobre todo con gracia y chispa) es un evangelio; y, más que seducidos, hipnotizados por la brillantez, galanura y graciosa forma de la frase, no alcanzan á ver la mordaz injuria disfrazada con el correcto estilo, ni el despecho y la envidia tapando sus

feas caras con el decantado desinterés; se deslumbra la vista para que resulte negro lo blanco y viceversa.

No faltan, tampoco, lectores que, hastiados de presenciar tanta hazaña, sin encontrar quien sus dudas desvanezca, quien su inquietud calme, se arrojen en brazos del pesimismo, monstruo terrible que, devorando todas las energías, interrumpe, ya que no destruye la perfección social. En ambos casos, falseando el criterio público, los mejores proyectos duermen el sueño de los justos, soliendo despertar, alguna vez, cuando no sienten ruido, cuando no se los discute ni para bien ni para mal.

Por lo que respecta á tus publicaciones, dirigidas, en su mayor parte, á despertar iniciativas para el mejoramiento físico y moral de nuestra sociedad, siento, cada día, más con fianza que se ha de realizar todo lo que pides y propones, por la ingénua franqueza de tu sentir y la nobleza de los medios que al efecto acopias. Entrañan tus artículos miga muy sabrosa, pero, al mismo tiempo, buena, sana, nunca nociva; cuando se la prueba no despierta inquietud ni recelo; convida á querer y nunca á odiar; ningún *arrière pensée* dudoso oscurece la limpidez de tus líneas y... á fin de poner dique á mi entusiasmo de viejo que se apura por contener multitud de piropos que por escaparse luchan, será lo mejor ir derecho á contestar, cómo Dios me dé á entender, á la cuestión sometida por tí á concurso ó á información pública como está más de moda decir ahora.

¿Conviene fomentar la plantación de árboles en nuestra tierra?... Este es el problema planteado por tí. A continuación afirmas (y yo estoy de acuerdo) que el que respondiere que nó, expediríase á sí propio patente de inculco y se declararía enemigo de su tiempo y de su país. De mano maestra haces luego la apoteosis del árbol; culto y honores le rinden, como dices muy bien, los *irracionales*, desde la pequeña hormiga al elefante. Y, aquí te asalta una duda (y á mí también), de si lo mismo sucederá con los *racionales*.

En todo estoy de acuerdo, querido amigo. En la

sombra bendita del árbol se encuentra siempre el bálsamo que aquieta el espíritu más agitado; brota la fuente de los grandes pensamientos para el sabio, y existe un inagotable tesoro de preciosas imágenes y dulces melodías para el poeta y músico. El hombre culto y sensible que quisiera penetrar el curioso organismo de aquel ser, donde la fuerza, belleza y magestad se asocian, llegaría á interpretar su misterioso lenguaje; sentiría sus locas risas cuando la brisa lo mueve y lastimosos lamentos si la sed lo marchita... ¿No has sentido, Paco, el cavernoso quejido arrancado por la brutal hacha? No ha llegado á tus oídos el grito de indignación de nuestras palmeras cuando el machete convierte en moño de vieja sus espléndidas cabelleras?

No faltan, en cambio, almas de piedra que ante el más hermoso árbol no ven sino tantos quintales de leña, ni almas de cántaro que lo mismo entretienen su estúpido ocio arrojando piedritas al mar que mutilando sin piedad el tierno arbolillo!! Un amigo mio tomaba á broma el oirme afirmar que *el individuo que cuida y cultiva las plantas, cuida y protege l. s animales, no es capaz nunca de cometer un crimen*. Lo repito hoy en letras de molde para que sea más difícil la retractación. Seres que hacen y luchan, para vivir, con menos armas de defensa que nosotros, ofreciéndonos el pan de cada día, no deben formar parte de nuestra existencia? No deben ser objeto de nuestro religioso culto? Acaso, se agradece y venera al padre solo en el momento en que nos acerca el bocado que mata el hambre?

Pero el sentimiento de lo bello no siempre se despierta en todos; necesita cultivarse. Gentes hay para quienes más verdad existe en un abigarrado cromo que en Velazquez; prefieren un romance de ciego al mismo Calderón, perciben más armonía en cualquier sonsone- te que en Beethoven; y, extáticos ante un churriguere- sco casucho, miran con indiferencia la mejor obra arqui- tectónica.

Contestada, pues, afirmativamente por los *raciona- les*, la cuestión aludida voy, si me lo permites, á plan-

tearla en otros términos que tal vez completen tu pensamiento.

Siendo indiscutible la necesidad de fomentar el arbolado y para que el asunto no pase, como otros muchos, de un buen deseo, ¿de qué nos valdremos para revolucionar esta querida isla, cambiando sus tonos negruzcos en verde esmeralda? En una palabra, *cual es el medio más adecuado para realizar la propagación del arbolado en nuestra tierra?*

Entra ahora lo difícil bajo el punto de vista práctico; y como antes de remediar los efectos (falta de árboles), es conveniente estudiar las causas (por que nó hay árboles), entraré en algunas consideraciones sobre las que baso mi manera de pensar sobre la materia, con la esperanza de que si resultasen erróneas, no se habrá perdido el tiempo, pues darán, por lo menos, pretexto para la discusión, y de ésta tarde, ó temprano, saldrá luz; y, hasta otro día te dice adiós tu viejo y buen amigo.

A. NAVARRO TORRENS.

XXXV

14 de Septiembre de 1.901.

Veamos, amigo Paco, si concurren en nuestra tierra elementos naturales que favorezcan la propagación del arbolado.

Huyendo del calor que abrasa y del frío que hiela, elévase nuestra isla, modestamente, sobre el mar que la circunda, sin ex abruptos cantiles ni picos que, como el Teide, besen las nubes. La serie de accidentes que erizan la superficie de su redonda masa, representados por pequeñas montañas y diminutos valles, más parecen artificiales obras de un caprichoso parque, que productos de la naturaleza. No obstante la pequeñez de sus detalles, induso el de su diametro (12 leguas escasas) pudieran, en cualquier certámen, aspirar al título de la mejor morada para el hombre.

Las cordilleras centrales moderan, á cierta altura,

sus pendientes y, levantando el terreno, forman amplia meseta donde se apoyan otras que, escalonándose, descienden hácia el mar. El volcán, al romper las entrañas de la formación primitiva, rompió, á su vez, los lazos que la unían con la costa africana, imprimiéndole carácter orográfico especial.

Las montañas se visten con las escorias y demás productos volcánicos ó descubren en su esqueleto el rudo basalto ó rocas alteradas de las que nuestras preciosas canterías azules y los llamados cantos blancos, de base feldespática, son un ejemplo. Los materiales de origen ígneo, alternan con los de formación neptúnic, tales cómo las calizas, constituyendo grandes masas ó verdaderas estratificaciones.

Las tierras de cultivo, originarias de la disgregación de tanto elemento heterogéneo, pueden comprenderse en las tres clásicas divisiones. Tierras arcillosas, más ó menos ferruginosas, dominando en las zonas centrales hasta convertirse, alguna vez, en la arcilla plástica útil para alfarería. Las tierras silíceas, todas de origen volcánico, limitan su extensión á las inmediaciones de las bocas eruptivas; en cambio, las calcáreas imprimen carácter á la mayor parte de las vertientes y llanuras próximas al mar.

El barómetro no es aquí el *ave del mal agüero* de otras latitudes. El tono más alarmante de sus amenazas es cuando anuncia *tiempo variable*; y, entonces, suele el rayo celebrar sus festejos, allá lejos... en el horizonte. La redondez de nuestra isla y la disposición trampeada de sus montañas, debilitan la acción del viento; sus vueltas y revueltas, al través de burladeros naturales, reprimen sus conatos de huracán. El mismo mar no se permite sacar de su seno aquellos monstruosos gigantes que con el nombre de trombas se tragan las habitadas playas!!

La hermosa cuenca formada en la meseta central, recoge en gran extensión el agua de las lluvias, y solo después de bien saturada devuelve al mar, por medio de sus barrancos, la que sobra. La benéfica nieve se de-

posita también allí, dando lugar, más tarde, á nuevas filtraciones. Qué se hace de tanta agua absorvida, las grietas del interior de su masa la llevarán, por senda más ó menos vertical, al mar, con pérdida de tanta riqueza? No; por curiosísima y providencial disposición, existe una inmensa red de capas impermeables representada por la roca dura ó por la suave arcilla, la cual se encarga de hacerla circular en un plano dulcemente inclinado hasta los puntos más bajos de la isla. Este acueducto natural, tan superficial en algunas regiones, que casi se confunde con el subsuelo, está interrumpido por cortaduras naturales del terreno, en sitios más ó menos altos, dando origen á multitud de manantiales, principal base de la riqueza isleña. En tiempos remotos estas fuentes, después de distribuir caprichosamente sus aguas siguiendo los variados accidentes del suelo, se encauzaban en los barrancos convirtiéndolos en arroyos, ya que no en rios permanentes. El Guiniguada, hoy seco barranco de Las Palmas, fué el más importante.

Los terrenos de esta isla, bajo el punto de vista agrícola, están perfectamente divididos atendiendo á la altitud, en *costas*, *medianías* y *cumbres*. Generalmente, las comarcas comprendidas en la primera denominación se componen de tierras calcáreas, poco permeables y duras por la escarcha de sus precipitados, resultando, más que secas, áridas; este inconveniente se aumenta con las cantidades de sal común que, á diario, reciben de las partículas de agua del mar llevadas por los vientos. Las lluvias que pudieran corregir estas cualidades son, en dicha región, escasísimas, casi nulas; abandonados á la acción única de los agentes naturales, raro sería el año en que se produjera una cosecha de cereales y pasada la estación fresca, poco numeroso habría de ser el ganado que se alimentase con sus escasas y raquíticas yerbas. Imposible que otra cosa sucediera con una temperatura al año, máxima media, de 23'1 grados, y no acusando el pluviómetro, en el mismo tiempo, sino escasamente 236'0 milímetros.

Porqué tanta aridez en sus costas? El vapor de

agua, apenas formado en el inmediato mar, sube, por su menor densidad á la atmósfera más alta de las medianías donde, encontrando temperatura más fresca, se aglomera y suspende; basta, entonces, un accidente fortuito, un nuevo descenso de temperatura ó el choque producido por el viento contra las faldas de las cordilleras para determinar la conversión de vapor en lluvia. Cuando no sea así, saturando constantemente de humedad aquella zona durante el día, modera las pérdidas de líquidos que la planta por eliminación pierde, y bajo la forma de rocío (nuestras tarozadas), devuelve en la noche al suelo parte de la humedad perdida.

Calor moderado, lluvias frecuentes y humedad de la atmósfera concurren en las medianías determinando favorables condiciones para que el árbol, objeto de nuestras simpatías, viva, crezca y se multiplique sin la intervención del hombre.

La zona agrícola las *cumbres*, desprovista del abrigo de las faldas de las montañas que, al replegar los vapores, los condensan, no es tan húmeda como la de las *medianías*; sin embargo, el ardiente sol que calienta su suelo, es velado con frecuencia por el mismo vapor de agua bajo la forma de nieblas, y como participan, desde luego, de las lluvias en el mismo grado ó mayor que las anteriores y del provecho directo de las nieves, permiten la vida y propagación de muchas especies de árboles, sobre todo de los maderables.

Réstame en otra, tocar otros particulares relacionados con el estudio de las *costas*, con esas *desheredadas de la fortuna*, muchachas morenas y feas que, así y todo, no se cambian por otras bonitas.

XXXVI

Cuesta trabajo, simpático amigo, clasificar de zona agrícola de primer orden la parte de esta isla conocida con el nombre de *las costas*. Las tierras hoy explotadas por el cultivo, son pequeños oasis que no bo-

rran la mala impresión del aspecto de grandes comarcas donde llanos y alturas se disputan á cual más aridos.

Efectivamente, en las dichas tierras puede verificarse lo que quizás no sea posible en ningún otro país del mundo; debido todo á lo que, á primera vista, parece deficiente y defectuoso, y en realidad proporciona inmensas ventajas bajo el punto de vista especulativo. Un concurso armónico de circunstancias de localidad, latitud, altitud, proximidad del mar, sequedad relativa del aire, escasez de lluvias, temperatura máxima media anual 23'1 grados y media, también anual, de 19 á 20, y finalmente suelo calizo, hacen el milagro de producir tres cosechas al año y de obtener fruto de plantas tropicales é industrias agrícolas cual la de la grana y gusano de seda. Todo esto á condición de suplir el hombre el só'o y único factor natural que falta, el agua, aplicándola exclusivamente en el momento en que conviene.

La aspiración del que solicita de la tierra el mayor producto es conseguir, en el menor tiempo posible, el crecimiento y pronto desarrollo de la planta objeto de su cultivo. El aire seco facilita la desasimilación de la misma, el abono, activamente descompuesto por la cal, repara sobradamente las pérdidas sufridas y la permiten rápido crecimiento, las lluvias que, en épocas determinadas, destruirían todas las combinaciones, son en este caso concreto ventajosamente sustituidas por el riego artificial.

Si con la imaginación tratásemos de corregir lo que á primera vista consideramos malo, quitando calor que sofoca y apagando el molesto polvo con frecuentes y abundantes lluvias, no cabe duda que entonces el musgo y los helechos tapizarían las peladas rocas, todo sería un campo de verdura, un precioso jardín que envidiaría Calipso, pero viviríamos de lirismo puro, pues los plátanos y tomates nos volverían las espaldas.

La zona de *las costas* alcanza á la altura aproximada de unos 150 metros sobre el nivel del mar, con algunas correcciones debidas á la orientación; en la costa del Poniente, Sur y Sudoeste de la isla, en igual y aun ma-

yor altura, son los terrenos en general mas feraces que en la del Norte. Artenara á 1.709 m. sobre el nivel del mar, representa el límite de *las medianías* y el *Pico de las nieves* á 1.950, el punto más culminante de las cumbres.

De todos los árboles que existían á raíz de la conquista de la isla podemos formarnos idea, por los que se conservan en nuestros días, substracción hecha de los que más ó menos tarde introdujeron los conquistadores.

El célebre *pino canario* (*Pinus tæda canariensis. Lin.*) de incorruptible madera, cubria las regiones más extensas de la isla, fijando sus raíces tan pronto en las grietas de las elevadas rocas, vestidas de nieve, como en *las medianías* y aún en algunos terrenos de *la costa*. Las demarcaciones hoy conocidas con el nombre de montes de Agaete, de la Aldea de San Nicolás, de Tejeda, de Moya y de San Bartolomé de Tirajana, no dejaban ver los lunares ni los verdaderos páramos de hoy día. Donde faltaba el pino, y aún entre los mismos, la tierra se recubría de monte bajo representado por los *escobones* (*Cytisus proliferus canariensis V. C.*), los *almácigos* (*Terebinthus. Tur.*), la *leña buena* (*Ilex augustifolia. Lamarck*), las *retamas* (*Genista canariensis. Lin.*), los *Juagarzos ó jaras* (*Cistus canariensis. V. C.*), los *codersos* (*Spartium canariensis ramosissimum. V. C.*), los *ajenjos* (*Artemisa abrotonum. V. C.*), las *salvias* (*Salvia canariensis. Lin.*) dejando sitio en las inmediaciones de las fuentes y en las charcas para los *juncos* (*Scirpus globiférus. Lin.*), y las *aneas* (*Typha latifolia*) y algunos más que no recuerdo.

Otra porción del N. E. de la isla que pudiera limitarse cortando por las jurisdicciones de Arúcas, Firgas, Teror, San Mateo, Valsequillo y Telde, discrepaba de la anterior en el especial carácter de la flora—en sus bosques no figuraba el pino, pero sobresalían preciosas lauríneas de más rápido crecimiento y maderables como el anterior. Citaré los árboles y arbustos más conocidos y que nuestros padres alcanzaron á ver, en toda su lo-

zanía, formando parte del monte de *Doramas* y del *Lentiscal*; los laureles (*Laurus canariensis* Webb.) los barbusanos (*Phoebe barbusana* Webb.) los tilos (*Oreodaphne foetens*, Neis) los codernos (*Laurus grandifolia*, Cook, los palos blancos (*Notelva excelsa*. Webb), los aceviños (*Ilex aquifolium maderensis*, Lam.) los mocanes (*Visnea mocanera* Lt.), los viñátigos (*Persea indica*, Spreng), los hayas (*Yaya flagifera*. Wbb), las sabinas (*Juniperus sabina*, Lin.) los madroños, (*Arbustus unedo*, Lin.), los acebuches del género *oleaster* alternando con los lentiscos (*Pistacia lentiscus*. Lin) los follados (*Vivurnum tinus*. Lin), los brezos (*Erica rementacea*), l. s granadillo; (*Hipericum canariensis*, Lin.) y otros varios arbustos y arbustillos. En las partes más bajas de las medianías, nuestras rústicas palmeras (*Fenix canariensis*) unas veces aisladas y otras en apretado grupo, descollaban entre los montes.

En la misma época, esto es, en los primeros tiempos de la conquista, ¿qué aspecto presentaban nuestras costas? ¿Había arbolado?

XXXVII

27 de Septiembre de 1.901.

Sr. D. F. G. D.

Para juzgar de los árboles que á raíz de la conquista de esta isla cubrían la desnudez actual de las montañas y llanuras de nuestras costas, no basta consignar el hecho tal como mejor cuadre á nuestra fantástica imaginación, sino deducirlo razonablemente de datos conocidos. Estos, á mi juicio, hay que buscarlos en el exámen del terreno, en la presencia de restos de vegetación antigua y en los documentos históricos que dan luz sobre el particular.

La rapidez de las vertientes de las montañas de nuestras costas hace comprender, á primera vista, la dificultad de conservarse en ellas la tierra elaborada por la acción del tiempo; apenas se ha formado, es precipi-

tada por la acción del viento y el agua al pié de las mismas para levantar playas ó perderse infructuosamente en el mar. La existencia del arbolado en tales condiciones sería efímera.

El segundo dato no afirma tampoco hechos positivos. Con frecuencia una gran parte de las *medianías* destinadas al cultivo especial, se encuentra en las excavaciones, restos de troncos ó raíces (de acebuches por ejemplo), que atestiguan la primitiva vegetación, conservándose aquellos vestigios al través de siglos á pesar de la humedad constante; en cambio, en *las costas* solo aparecen ó rocas sin descomponerse ó tierras de mejor ó peor calidad, pero vírgenes, cualquiera que sea la profundidad en que se las examine, sin el menor indicio de mantillo.

El valor de alguno de los datos consignados por Viera y Clavijo en su historia de estas islas, ha sido apreciado por los historiadores modernos con variado criterio; pero, entre aquellos, no sé que hayan podido ponerse en tela de juicio los que se relacionan con la flora y fauna de la Provincia. En 1.779 escribió aquel ilustre filósofo su diccionario de historia natural de las islas, obra nunca bastante celebrada por el mérito intrínseco que encierra. Bien es verdad que completó su educación visitando los grandes centros de cultura en Europa; mas la historia natural no constituía entonces verdadera ciencia y sólo un talento privilegiado como el suyo pudo llevar á cabo, con tanta exactitud, las clasificaciones, en medio de los pocos elementos y defectuosos sistemas de la época. Con minucioso trabajo describió la flora canaria desde el frondoso árbol á la más pequeña hierbilla.

Si hubiera habido material para llenar diez volúmenes, en vez de dos, los hubiese llenado, pues allí sobraba inteligencia y asiduidad.

De la indicada obra puede deducirse que la flora de especies, única en estas islas y de otras que, sin aquel carácter, se encontraron en los primeros tiempos de la conquista, era bastante pobre en su número; el único

árbol frutal que existía era una especie ó variedad de higuera, bastante generalizada y cuyo origen se atribuía á ciertos aventureros mallorquines que dejaron abandonados en el campo unos higos, tiempos atrás de la invasión de Juan Rejón. La cebada y los frutos salvajes como la mora de la zarza y la fruta del mocan, constituían el único producto del reino vegetal. Gracias al ganado cabrío y á la pesca, pudieron conservar los primitivos canarios la fuerza y energía demostradas en tantas ocasiones.

La presunción sostenida con frecuencia de que los sellados bosques de los primitivos tiempos habían de ejercer notoria influencia en las nubes para arrancarles abundantes lluvias, no está tampoco apoyada por la historia. No trato de defender opinión propia en la debatida cuestión sobre la influencia del arbolado para condensar las nubes convirtiéndolas en benéficas lluvias, ni es del caso ocuparme de la notoria influencia general y periódica de la corriente de los vientos alisios dando lugar á comarcas húmedas y otras casi siempre secas, pero no está demás el recordar que *para ponderar la bondad y excelencia del árbol no es necesario afirmar que sin él no habría lluvias; así cómo, para ponderar la bondad y excelencia del pan no es necesario afirmar que sin él moriríamos.* Uno y otro tienen indiscutible importancia que no conviene fundarla en hechos dudosos.

La escasez de lluvias en esta isla (y lo mismo en las otras), es tan antigua como la historia de la misma. Las cosechas de cebada y más tarde la de trigo, fiadas á la sola acción de las lluvias, pues los terrenos de riego en los primeros años de la conquista se dedicaron al cultivo de caña de azúcar, leguminosas y hortalizas traídas de Europa, fueron siempre muy eventuales á causa de las sequías, á pesar de que se trataba de una isla relativamente grande para su pequeño número de habitantes. Todos los documentos antiguos hablan de representaciones á los gobiernos en demanda de perdón de los tributos á causa de la pobreza originada por las

sequías; las rogativas, procesiones con determinadas imágenes implorando la bondad divina, se han venido siguiendo desde los primeros años de la conquista hasta nuestros días. Después de hacer Viera y Clavijo el elogio de estas islas, bajo distintos puntos de vista, concluye diciendo: *Las Canarias son pobres... no hay minas, no hay industrias, no hay fomento. La despoblación y dispersión es notable, pero precisa... El cielo niega muchos años la lluvia, las carnes son pocas.* Parece, pues, que en todos tiempos los agentes naturales, al repartir sus dones lo hacen con inflexible criterio, impávidos é indiferentes ante las lágrimas, quejas y reproches del que se considera perjudicado. ¿Los resultados negativos, los fracasos en las operaciones agrícolas, dependen siempre de la inclemencia del cielo? ¿No ponen de manifiesto casi siempre la falta de previsión del hombre y castigan con justicia su ciega confianza en el acaso?

Hoy, el naturalista citado volvería á confirmar las últimas expresiones, pero rectificaría las primeras. Las Canarias no son pobres, son, por el contrario, ricas; y lo serían mucho más si, apreciándose debidamente su importancia, se sacase partido de lo que se considera como deficiencia, y una de ellas es la escasez de lluvias; pero no adelantemos ideas.

No pudiendo los árboles, por falta de elementos de vida, hermohear en los tiempos antiguos, como no lo hacen hoy, las costas de estas islas, no han sido obstáculo para que arbustos y arbustillos, más fáciles de contentar, tomasen asiento en las grietas, pequeñas mesetas y cañadas de las montañas y en las áridas tierras de las llanuras; y entre ellos apunto como principales los siguientes: Las ahulagas (*Juncus semifloculosus* V. C.) las altavacas (*Erigeron graveoleus* Lin.) los cardones (*Euphorbia canariensis* Lin.) las tabaibas (*Euphorbia dulcis* et Lin. *silvatica canariensis* V. C.) los balos (*Larenthus canariensis* Lin), las xábilas (*Alæ perfoliata*) las lecheternas del género *tittymalus*, las tune raa de India (*Cactus turra* Lin.), y finalmente los taraha

les del género *tamarix*, plantas agrestes, de tonos sombríos casi todas, que podrían vivir y siguen viviendo en suelo seco. De vez en cuando la esbelta palma alegraría con su presencia este obscuro cuadro.

¿Sucedió lo mismo en las montañas y playas donde los conquistadores fundaron la *muy noble y muy leal ciudad del Real de Las Palmas*?

¿Por qué existen hoy menos árboles de los que debieran ser?

XXXVIII

Sr. D. F. G. D.

Paciencia, amigo Paco. Todo se andará. La ortiguilla de los frescos años no te consiente un momento de reposo. El camino es largo y, si pretendes llegar al fin, recoge las bridas á ese fogoso jaco; domina sus bríos y no le dejes pasar del trotillo cochinerero.

En uno de tus últimos artículos sobre árboles, se trasluce la impaciencia del que, habiendo propuesto una cosa, aceptada unánimemente por buena, sufre la contrariedad de no verla realiza la en el acto.

Quieres poner muchos árboles; aceptado, pero, *donde, cómo y cuando*, se me figura que va á ser punto discutible.

Vamos al caso. Con la imágen todavía fresca del espléndido valle de la Orotava, miras con horror nuestros pelados riscos y á toda costa deseas verlos coronados de follage. Tu, ciudadano pacífico, hombre de paz, arrastrado por el sentimiento más bello, olvidas por un momento el de la caridad, y no te preocupas del mal rato que van á pasar los árboles, allí, pegaditos á las *baterías*, con el *quién vive* á todas horas de los centinelas; no digo nada de los sustos causados por el estampido del cañón ni de los estornudos provocados por el olor de la pólvora. Demos por hecho que, á pesar de vivir penando, conseguimos verlos crecidos, ya hombrécitos, unidos y compactos formando apretada selva; ¿qué ocurriría el día que nos declarasen la guerra, su-

pongamos, el emperador de Turquía ó el de Marruecos? Nuestros zapadores no se andan con chiquitas, miran como estorbo hasta á un mato y... zas, no nos dejan uno para muestra.

Por eso te recomiendo la calma. En esta tierra donde la sangre no es roja sino de color de horchata, no se puede hacer nada de prisa; hay que acostumbrarse á esperar sentado. Sin ir más lejos, en el país de los *heredamientos*, dicho sea como ejemplo, parece que no se habría de retardar el agua para beber y para lavarnos la cara; y sin embargo después de transcurridos 478 años de la conquista, cuatro siglos y pico nada menos, subsiste en cada una de nuestras casas la severa orden de no beber sino lo muy preciso, tres vasos de agua por cabeza, y ejemplar castigo al que se permita un baño de tina en verano. Para esos lujos está el mar.

Lo peor del caso es que, si alguna vez se olvida nuestra habitual cachaza, y se despiertan pujitos de andar de prisa, solemos echarlo á perder. Hace unos treinta años, no existía, en esta, otro paseo, en que se viese algo de verde, sino nuestra clásica Alameda; y se pidió, en toda clase de tonos, arbolar la ciudad, tal como tú, en un momento de desesperación, piensas arbo- lar el *Diario*. El municipio no se hizo de rogar entonces y apresuróse á llevarlo á cabo. Buscar personal especial para hacer la plantación era perder el tiempo, y el caso urgía; ordenóles, pues, á todos los guardias municipales, dejar todo por la mano, y sin pérdida de tiempo, realizar aquel apremiante servicio. Por de pronto había dos solares vacíos, la plaza do Santo Domingo y el del llamado hoy Parque de San Telmo. Era de ver la actividad desplegada. Los municipales, de riguroso uniforme, auxiliados del sable, azadas y palas, abrieron muchos hoyitos por el estilo de los que se usan para plantar millo, y de un carro sacaban á centenares, bonitas acacias, para clavetear el suelo. Un apretoncito con el pié en el hoyo, sin duda para que no se escapase el futuro árbol, y un cacharro de agua encima, terminaron la operación. A los pocos días se repitieron los gritos pidiendo

más árboles. De nuevo los municipales aparecen con un carro cargado de hermosos pinos que, á su vez, fueron plantados por el procedimiento anterior, á derecha é izquierda de la carretera, hoy calle de León y Castillo. ¿En qué terminó esta campaña? Las patas del perro escarbando, los dientes de las cabras y los muchachos buscando varitas, se encargaron de dejarlo todo en su estado primitivo.

Más tarde, en nuestros días, también de prisa y corriendo, se puso en práctica, para apagar el polvo de la carretera del Puerto de La Luz, la idea de regarla con agua salada; como en los tiempos bíblicos, hemos sembrado sal en la tierra para que no nazca ni hierba!

Apesar de todos estos tropiezos, querido amigo, tendrás árboles hasta en los *riscos*, y grandes bosques con apretado follage, lagos, grutas y todo lo que pidas; yo te prometo, como *soldado de fila*, ayudarte incondicionalmente en esa noble y benéfica empresa. Pero, maduremos los medios de ejecución del proyecto, huyendo de lo quimérico y acercándonos á lo factible.

Estoy de acuerdo en pedir opiniones; por lo que respecta á la mía, para fundarla, me hace falta llenar algunas cuartillas más á riesgo de agotar tu paciencia. Poco práctico en estos trabajos, no tengo el arte de condensar en pocas líneas todo lo bueno ó malo que pienso, y así resulta lo que escribo, largo y *latoso* por fuerza.

A. NAVARRO TORRENS.

Opiniones autorizadas

Don Juan de León y Castillo



Sobre el mismo tema

XXXIX

SR. DON FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.

29 de Marzo de 1902.

La importancia de los árboles es capital. Afianzan el terreno, impiden su arrastre á los valles y el desnudamiento de las montañas, retienen el agua de las lluvias, que se filtra en la tierra para alimentar los frutos y evitan las inundaciones que tantos estragos causan en los valles de grandes rios; y por último, hermosean la tierra y purifican la atmósfera.

Es una creencia muy frecuente que los árboles atraen las lluvias, y esto es un error. La ciencia demuestra que los árboles no son causa, sino efecto de las lluvias: en los países donde éstas son constantes, traen consigo el arbolado. Las lluvias, como todos los fenómenos, tienen sus causas, que son varias, debidas unas á la configuración del terreno, y sobre todo, de las grandes montañas, y las demás á los vientos y otros fenómenos atmosféricos; pero la Meteorología no ha dicho aun su última palabra sobre este punto, como en otros muchos: está muy distante de las rigurosas conclusiones de la Astronomía. Hay, sin embargo, una causa culminante, que explica como se verifica el fenó-

meno de las lluvias: tal es la ley física de la saturación del aire. A medida que aumenta la temperatura de éste, absorbe mayor cantidad de vapor de agua. Si el aire llega á una región con cierta cantidad de vapor por efecto de su temperatura y por haber recorrido grandes distancias sobre el mar, el vapor se convierte en lluvia, si la temperatura es más baja que la que trae el aire, pues esta descenderá. Esto es lo que pasa en las latitudes de los trópicos y de los vientos alisios (Nordestes). Vienen de puntos más frios y llegan poco saturados porque dichos vientos recorren la línea de Cádiz á Canarias apróximadamente, línea de mar, pero próxima á las costas de Marruccos. Llegan, pues, poco saturados de vapor á estas islas en las que adquieren mayor capacidad para la absorción, y no puede haber lluvia. Lo propio sucede, y con más intensidad, cuando reinan los levantes y sudestes; pero cuando soplan los del 3.º y 4.º cuadrantes dan lugar, con frecuencia, á lluvias más ó menos abundantes, por venir saturados de vapor y con temperatura más alta que la que aquí existe. La misma escasez de lluvias que en Canarias, se observa en la zona del Norte de Africa (Marruccos, Argel, Tunez, Trípoli y Egipto) y sobre toda en el gran desierto de Sahara, lo mismo que en Siria y Arabia, y creo que ha de extenderse hasta la India, aunque modificado el fenómeno por las altas montañas del Himalaya. Estas comarcas tienen la misma latitud, y en ellas deben reinar los vientos alisios.

En estas islas, en que llueve poco, la repoblación del arbolado es sumamente difícil, sobre todo en las costas. A partir de cierta altura, 300 metros apróximadamente, el aire contiene más vapor, llueve con más frecuencia, y en tales circunstancias, los árboles pueden desarrollarse con menos dificultad; pero en una y otra zona, con las especies forestales ordinarias, es inútil intentar la repoblación, por la dificultad de que arraiguen, por los destrozos que causan los ganados y por su lento crecimiento que exige 50 ó más años para llegar á su completo desarrollo.

Todas estas causas hacen muy difícil aquí la repoblación de los montes, excepto en las altas montañas de los pinares. Podrá algún propietario curioso, y los hay, repoblar alguna extensión de terreno; pero se cansa al fin con los cuidados que exige, y sobre todo por la lentitud de su crecimiento. Para hacer práctica y factible la operación, se necesita una especie forestal que con poco ó ningún cuidado se desarrolle y crezca rápidamente. Existe? Si no existe, hay que renunciar en estas islas, sobre todo en las orientales, á la reproducción del arbolado en los terrenos estériles é incultos que ocupan la mayor parte de su superficie.

Pero este árbol verdaderamente providencial existe, y es el Eucaliptus. Por mi cualidad de Ingeniero encargado de la conservación de las carreteras, me dediqué á elegir la especie más propia para el arbolado de las mismas. Me convencí de que en todos los terrenos fértiles y de riego podían adoptarse las empleadas en Europa, el chopo, plátanos, etc., pero en los estériles y de secano, los únicos que prosperaban eran los eucaliptus, glóbulo y gigante, que eran los únicos que entonces se conocían aquí. Me dediqué á experimentar otras variedades indicadas para terrenos secos, y el resultado fué la elección del que aquí se denomina «punta de espada».

Esta variedad reúne todas las condiciones; se desarrolla en las costas con algún riego, durante los veranos, en los dos primeros años, y sin este cuidado en las medianías; presenta un porte elegante y crece con tal rapidez, que á los pocos años proporciona producto forestal, pudiendo además cortarse á raíz de tierra, é instantáneamente salen varios retoños, que se podan, dejando uno sólo, que adquiere prodigioso crecimiento, formándose en pocos años un árbol como el padre. Tenemos, pues, el árbol único que puede resolver el problema del arbolado de estas islas.

Este árbol es una verdadera providencia, y debería rendírsele ferviente culto. Sin él, habría que renunciar á toda esperanza de éxito. Los ensayos practicados con otros, fracasarían como ha sucedido siempre.

J. DE LEÓN Y CASTILLO.

XL

31 de Marzo de 1902.

Las circunstancias expresadas en el anterior artículo, son ya bastantes, para aceptar el eucaliptus con entusiasmo; pero reúne otras ventajas que no podemos menos de hacer notar, y son las siguientes:

1.º—Inmunidad contra los ganados

Estos no le atacan, sin duda por el sabor amargo de sus hojas, cualidad inapreciable y sin la cual debe renunciarse á crear un extenso arbolado, si antes no se suprime el ganado, ó se defienden de él las plantas por empalizadas ú otros medios, operación difícil y costosa, y no siempre eficaz. Ni una ni otra solución pueden admitirse.

2.º—Como especie forestal

Como ya se ha dicho, en pocos años puede cortarse este árbol para su aprovechamiento, desarrollándose luego con nueva fuerza y vigor, obteniéndose productos de diversa aplicación, como leña para combustible, hoy tan cara, maderas para construcción de carros y coches y objetos de labranza, traviesas de ferrocarriles, y sobre todo, postes telefónicos que no tienen el inconveniente de que se pudra la parte empotrada en el suelo. Estas ventajas se van reconociendo, y para aprovecharlas se inician en otros países plantíos de este precioso árbol, aún en terrenos susceptibles de otros cultivos. Mi amigo D. Luis Morales y Sevil, gran entusiasta de todo lo que al arbolado se refiere, al regresar de su último viage á Europa, me ha dicho que un rico propietario de Andalucía, amigo suyo, le manifestó que estaba haciendo grandes plantíos de eucaliptus en terrenos propios para olivares, con el sólo objeto de especulación, á cuyo fin había hecho estudios prácticos para obtener

maderas propias para postes y para las demás aplicaciones, y evitar el retorcido de las fibras, que es el único inconveniente que ofrece esta madera.

3.^a — Como especie sanitaria

Cuando, hace unos cincuenta años, se introdujeron en esta provincia los eucaliptus denominados glóbulos y gigantes, se preconizaban con gran encomio sus cualidades para hacer desaparecer las tercianas (frios y calenturas), que ya se han olvidado. Entonces, y hasta 20 ó 25 años despues, esta enfermedad reinaba en toda la isla, y especialmente en sus valles. Algunos de estos, como el de San Roque, era conocido con el nombre de «Valle de los Amarillos», á causa del color de sus habitantes, producido por las intermitentes. Cuando llegaba el mes de Septiembre, esta enfermedad se convertía en una verdadera epidemia, que obligaba hasta á suspender los trabajos, como ocurrió en la carretera del Monte, en los puntos denominados «San Francisco Javier» y «Cuesta de Silva», y lo mismo sucedió con la cochinilla en los terrenos limítrofes á dicha Cuesta. Algunos propietarios que salían de veraneo, regresaban de sus fincas con tercianas en los individuos de su familia. Luego las carreteras fueron introduciéndose por estas zonas con sus filas de eucaliptus, algunos propietarios han hecho pequeñas plantaciones, y otros, como mi inolvidable amigo D. Nicolás Massieu, cubrió las laderas de su finca de la Angostura con verdaderos bosques, y así á cualquier parte que se dirija hoy la vista, se encuentra este árbol. Y, hecho digno de notarse, á medida que el eucaliptus ha ido extendiéndose en mayor ó menor escala por muchos campos, las tercianas han ido desapareciendo, hasta el punto de no oirse hablar de ellas. Sólo sé que reinan con gran intensidad en las zonas comprendidas entre Agüimes y Santa Lucía, que cruza la carretera que conduce á este pueblo y á San Bartolomé. Los trabajos tienen que suspenderse en cierta época del año, porque allí los trabajadores son atacados de

aquella enfermedad. En mi concepto, esto depende de que en toda aquella zona no existe un eucaliptus ni en la carretera ni en las propiedades, y con este convencimiento he aconsejado que los fueran plantando á medida que la explanación se prolongaba. Existe, pues, el hecho de que las tercianas han desaparecido en los puntos donde se ha propagado el eucaliptus. ¿Son éstos la causa de la desaparición de aquéllas? No puedo asegurarlo; pero es significativo que después de anunciar su benéfica influencia para concluir con aquella enfermedad, se observe esta diferencia en todas las zonas que contienen dichos árboles, respecto de las que no los tienen. Estudios recientes demuestran que las fiebres palúdicas no se transmiten por la respiración del aire emponzoñado de los valles, sino que las comunican las picaduras de unos mosquitos, en términos que el que se preserva de tales picaduras con guantes, carretas ú otros medios, puede residir en los valles, sin temor á la enfermedad. Yo he colocado en mi dormitorio eucaliptus pequeños cultivados en macetas, y he adquirido el convencimiento de que matan ó ahuyentan á los mosquitos. Ligando la idea expuesta acerca de la propagación de las fiebres palúdicas, con esta observación, no se explicaría la benéfica acción de este árbol? Es indudable que en los charcos y lagunas se desarrollan los mosquitos (hay varias clases). Si hay eucaliptus en la proximidad, los matan ó ahuyentan, y las fiebres desaparecen; si no los hay, propagan las tercianas.

Materia es esta, sobre la que no tengo competencia, y que corresponde á los médicos; pero me he permitido exponer hechos, y con hechos manejados por los técnicos es como se deducen las leyes que rigen todos los fenómenos.

Aquí debería terminar; pero, como complemento de todo lo expuesto, me permito indicar algunas ideas sobre la práctica del cultivo del árbol que nos ocupa:

1.º Costa hasta 300 metros aproximadamente de altitud, sin estar bajo agua de riego.—Esta es la zona más desfavorable. Hay que abrir los hoyos para mu-

llir el terreno, plantar los árboles y regarlos á cántaros de cuando en cuando, sobre todo en verano. Podría emplearse un procedimiento usado antiguamente en estas islas, y es el siguiente: Se entierra un cántaro de boca estrecha de loza del país, permeable. Se llena de agua, y se cubre la boca con una laja. El agua se filtra poco á poco durante 10 ó 15 días, en cuyo tiempo conserva húmedo el terreno junto á la raíces. Cuando se acaba el agua, se vuelve á llenar el cántaro.

2.º Esta misma zona bajo riego. Se nivelan sobre el terreno surcos con la pendiente necesaria para el riego, de 3 ó 4 metros de distancia. Siguiendo la línea de los surcos, se plantan los eucaliptus espaciados otros 3 ó 4 metros. En los inviernos ó cuando se disponga de agua sin valor ó barata, se regarán los árboles. Tanto en la primera como en la segunda zona, los riegos y cuidados no durarán más que dos ó tres años.

3.º Mediaña sin riego.

4.º Idem con riego.

Iguales son los métodos de cultivo; pero apenas habrá que regar los árboles: la humedad de la atmósfera y las lluvias, dispensan de cuidados.

Es cuanto se me ocurre exponer á usted, amigo mío, con relación á la parte práctica de este asunto, que considero de una importancia incalculable, y que entra en la región de lo fantástico, con solo reflexionar lo que serían estas islas cubiertos sus flancos con el espléndido ropaje de una exuberante vegetación.

J. DE L. Y C.

Opiniones autorizadas

La Circular del Sr. Obispo



Por el arbolado

XLI

2 de Noviembre de 1901.

Partidario decidido del arbolado, por demás está decir que he visto con verdadera satisfacción y gran contento la iniciativa primero, y luego la sostenida propaganda que á favor de aquél se viene haciendo en algunos de los diarios de esta ciudad por plumas muy bien cortadas; yendo al frente uno de los más fecundos y brillantes escritores de esta región canaria, cuyo nombre no hay para que decirlo aquí, porque es seguro ocurrirá inmediatamente á la mente, y hasta sonará en los labios de cuantos se tomaren la molestia de pasar su vista por estas insignificantes líneas.

Sería incurrir en una repetición enojosa presentar ahora las razones, bien poderosas é incontestables, por cierto, que deben interesarnos á todos, cada uno en su esfera, por el susodicho cultivo del arbolado, ni las múltiples ventajas que de él se reportarían. Tales razones y ventajas hánse ya expuesto en letras de molde por los escritores ya indicados de una manera elocuente y harto persuasiva, y en perfecta concordancia con las aducidas por mi dignísimo antecesor en una notable circular, que con este mismo objeto de recomendar el cul-

tivo del arbolado, dió en 1.º de Diciembre de 1.882 y que se halla inserta en el número 13 del *Boletín Eclesiástico* de esta Diócesis, correspondiente al día 2 del citado mes y año. Dice así, entre otras cosas: «es una verdad generalmente reconocida que, según las leyes de la naturaleza física, el arbolado influye muy eficazmente en la abundancia ó escasez de lluvias de los países; y los hechos han probado, en más de una vez, que terrenos antes cubiertos de lozana verdura, han quedado convertidos en estériles páramos desde el momento que la mano del hombre hizo desaparecer esos condensadores naturales de la humedad atmosférica.»

Lo que hace falta es fijarse detenidamente en esas razones y ventajas, para que, convencidos de su verdad, tratemos resueltamente de convertir en hecho tan importante y hermoso propósito, como, con generosidad digna de esta Isla según mis noticias, uno de los más principales acaudalados de esta ciudad, está para llevarlo á cabo en la montaña de Arúcas. Por mi parte, no quiero que quede; antes bien, imitando la conducta de mi ya citado antecesor, del sabio P. Cámara, actual dignísimo Obispo de Salamanca, y algún otro Ilustre Prelado, pongo manos á la obra recomendando con el mayor encarecimiento, como lo hago, á todos mis amados diocesanos, y en particular á los venerable Párrocos, Ecológicos y demás encargados de alguna Iglesia, tomen muy en consideración, este que no vacilo en llamar capital asunto, y vayan ocupándose de él, según las posibilidades respectivas de cada uno, inspirándose en la circular mencionada, cuyas particulares advertencias y recomendaciones hago más en un todo, y allegando y recogiendo dichos Vbles. Párrocos, datos acerca del terreno adyacente á los templos, ermitas y cementerios, ó cualesquiera otros que hubiere aun de la propiedad de la Iglesia, y cuantos más estimaren conducentes y oportunos para apreciar debidamente el asunto bajo su aspecto práctico; datos que pondrán en mis noticias, á fin de adoptar, con conocimiento de causa, las medidas que se juzguen más prudentes y acomodadas

para el objeto de contribuir á la propagación del arbolado.

Espero confiadamente de la reconocida deferencia de los susodichos Vbles. Párrocos, Ecónomos, encargados de las Iglesias, y en general de todos los diocesanos, para con su indigno Obispo, acogerán con amor tan interesante pensamiento, y harán por su parte cuanto buenamente les sea dado por llevarle á la ejecución, impulsados á ello no solo por la deferencia susodicha y consideración al indigno Prelado que se los propone é inculca y su realización recomienda, sino además, y muy mayormente, por la salud de las personas y prosperidad de los campos, cosas ambas en que tan señaladamente influye el arbolado purificando la atmósfera, templando la excesiva irradiación del calor y atrayendo las lluvias, por la belleza y amenidad de las campiñas y arbolados; en una palabra, por honesto recreo y esparcimiento del ánimo y de los sentidos, por la salud y bienestar del cuerpo, por la fertilidad de los terrenos y por la consiguiente abundancia de las cosechas, por el maderamen para las construcciones y combustible para los hogares; y como final resultado de todo esto, por la copia de recursos para atender á las necesidades de la vida. De lo contrario, con sobrada razón podríamos exclamar con el autor de las *Nociones de Historia General de España*, Don Manuel de Górgora y Martínez, citado por mi sobredicho antecesor en la circular referida: «¡Ay de las Islas afortunadas si sus habitantes no se oponen con mano fuerte á la impía codicia de los Atilas de la vegetación!»

Las Palmas, Octubre 23 de 1901.

† FR. JOSÉ, OBISPO DE CANARIAS.

